

Antología de autores ficticios

Octavio Escalante



Instituto Sudcaliforniano de Cultura
Gobierno del Estado de Baja California Sur
Secretaría de Cultura

Antología de autores ficticios

Octavio Escalante

Primera edición, 2017, por el Instituto Sudcaliforniano de Cultura,
bajo la dirección editorial de Sandino Gámez

D.R. © Octavio Israel Escalante Geraldo

Octavio1escalante@gmail.com

Diseño de forros e interiores de la edición impresa: Alejandra Barrera

Ilustración de portada: Ernesto Hernández Urusquieta y Alejandra Barrera

Revisión de la edición impresa: Juan Pablo Rochín Sánchez

ISBN: 978-607-8478-38-5

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

a Alejandra Barrera

Prólogo

En este breve volumen reunimos una muestra de catorce autores ficticios, que decidieron ceder sus textos sin exigir ninguna regalía. Fue más fácil lidiar con ellos que antologar a los vivos, quienes suelen estar ocupados o son difíciles de localizar. A un autor ficticio puedes recortarle la obra, corregirle los puntos, cambiar los adjetivos o eliminar frases o páginas completas sin que se queje y no te molestará si la publicación se estanca por meses en la imprenta. Éstas son las razones por las que hemos recurrido a escritores inexistentes. Además, ¿qué tan real será un escritor cuya trayectoria se nos baraja en la solapa de un libro?

Zaeth

Iván Romero

En aquellos tiempos todavía tenía algo de respeto por mis relaciones sentimentales. Y bueno, no era cuestión de respeto. Es que sentía, tocaba, viajaba, proponía, llamaba por teléfono, a gritos, compraba y conducía tras una cortina que durante febrero de 1756, al norte de Francia, algunos nobles venidos a menos decidieron llamar cursilería. Ya entrada la primera década del siglo XXI, esa cortina se había mezclado tanto con otras invenciones a lo largo de casi tres siglos, que parecía hecha de puros retazos de otras telas y otros vestidos en desuso.

Aun así, ahí estaba yo con mis diecinueve años entre ceja y ceja, manteniendo un estertor involuntario por lo que hacía que, por más simple que fuera, tenía relación con las cosas importantes de las que algún día –según creía– yo sería parte. Mi novia en ese entonces no ayudó a que mi cursilería aminorara un solo escalón. Tenía esa pequeñez tierna que tienen las aves que caben en nuestras manos y se adaptaba a mí como si yo fuera más una madriguera que un novio.

Ya no éramos unos niños, pero muchos de los detritus de la niñez caían por inercia sobre nosotros. Ambos éramos distraídos, disolutos, dispersos, diferentes. Nos unían algunos libros. Zaeth era la clase de personas que miran fotografías de Joel-Peter Witkin mientras beben un jugo de naranja, y de un momento a otro te sorprenden empinándose una caguama helada. Combinaciones de este tipo eran

las que la convertían en un ave rara, a mis ojos, por supuesto. Para otros, sin duda, era demasiado pequeña y ruidosa y sólo tenía atractivo en la medida que uno se cansa de un cuerpo y de un ritmo.

Ahora que la veo desde lejos pienso que en verdad era una niña. Usaba pijamas de niña, compraba su ropa en la sección de niños, que suele ser más barata, y cuando hacíamos el amor en principio no dejaba que la viera desnuda, porque se avergonzaba de su cuerpo de niña profundamente flaco. La podía levantar, voltear, someter y sostener sin fatigarme pronto. Su madre, además, era una madre como ya no las he vuelto a ver en estos tiempos de desolación, y preparaba unos camarones empanizados que daba gusto haberla conocido. Las quería, a las dos. A pesar de que no era bella –en el concepto medieval de la belleza que resplandece en las doncellas perdidas en el bosque– a mí me gustaba mucho. Si la hubiese conocido en la escuela primaria le habría compartido mi sándwich, la habría metido conmigo en una de las llantas enterradas en el patio –si no fuera verano– y nos quedaríamos ahí aunque ya hubiera sonado el timbre.

En la ciudad hay una parte de la bahía que se acerca a las casas y eso provoca que la gente beba a la orilla del mar. De vez en cuando te llevas un cigarro de yerba, o tres, viendo el atardecer enrojecido por una furia contenida, o las pocas estrellas que no son camufladas por la luz del alumbrado público. Es quizá obvio decirlo, pero no para aquellos cuyo mar está congelado, o para aquellos otros cuyo mar es el desierto, o el bosque; es quizá obvio decirlo, pero con una cerveza en la mano, y con Zaeth, las olas sonando a espuma en la orilla relajan

aun más y el agua se vuelve una sombra acostada y respirando; a esas horas de la noche llega un viento cálido desde el agua, que pega en tu mano helada y en la lata helada de cerveza, y se parece mucho a la respiración de Zaeth y a la mía, y como habíamos fumado ya dos bachas, nos relajamos todavía más en una espesura de frases elásticas, sepia o verde reptil, junto a un mangle, un pez que brinca, cangrejos saliendo de sus huecos y esquivando corcholatas y luego las ansias de ver un ovni, o una ballena, y así.

Entre esos paisajes pasábamos la vida Zaeth y yo, como cualquier otro ciudadano que tenga un poco de ganas de salir de su cuarto. Entre esos paisajes nos fuimos enredando y meciendo durante el noviazgo, soñando con visitar lugares e intentando estar siempre cerca, muy pegaditos, en una ternura que podría quebrarse con apretar un poco. Yo caí de la suposición de controlar mis sentimientos al estado de semiconsciencia. Sólo en retrospectiva puedo ver lo que nos rodeaba. En su momento veía otras cosas, hacía otras cosas, escribía como Santa Teresa de Ávila, en hojas de papel y con una urgencia arponeada por el poder del instante.

Zaeth me acariciaba, se colocaba encima, me veía, hacía brillar sus ojos y los míos, decía esto o aquello con una fragilidad que yo no podía tratar de otra forma sino con besos y caricias. Todo ese cuadro que tú te podrías imaginar o que has vivido cuando encuentras a una persona que parece sintetizar lo bueno del mundo. Ahorita mismo que escribo esto no puedo evitar sonreír como si estuviera viendo dormir a un perrito. Era la encarnación de eso que dicen por ahí:

«sólo hay una felicidad en la vida: amar y ser amados». Con esto te darás una idea de cómo estaba.

Llegaba a casa y encontraba un sobre con unas cuantas plumas de pájaro o el dibujo de un colibrí, y una sola nota simple me alegraba el día. Otras veces era yo el que me encerraba en el cuarto con ciertos materiales y pasaba la tarde construyendo una cajita, pintada de catarinas, de sandías, de barquitos y elefantes, que dejaba a escondidas en la puerta de su casa un día que no nos veríamos. Regresaba a casa caminando y contento, tarareando las frases que había escrito en la nota y pensando en si el próximo fin de semana podríamos ir a acampar. No habría lluvia de estrellas, seguramente, pero habría caracoles. Otros días venía el clericot, la cerveza, el vino, y entonces se juntaba el placer de estar borrachos con el placer de los besos, que se sentían violentos como la primera violencia cariñosa del amor y la calentura.

Había noches en que llorábamos en la cama y estando tan juntos queríamos avanzar más y más. Sólo nos quedaba mirarnos de frente y sonreír, antes de volver a intentarlo. Cuando podíamos nos hacíamos desayuno, nos bañábamos juntos y tarde o temprano regresábamos a la cama a apachurrarnos en las sábanas de los domingos, que no tienen nada que ver con las del resto de la semana.

Fue en mi caso un tiempo de desesperación y dulzura, de limbo en el que flotaba sin grandes preguntas sobrevolando mi cabeza, incluso sin el maleficio de la duda que punzara por algún gesto o frase. No era nada aburrida esa aparente pasividad, porque como un agua cenagosa, sentía vidas microscópicas en mí, todas transitando de un

lado a otro, estuviera dormido o despierto. La nube, la planta, las piedritas, las ganas de mostrar lo recién descubierto, el párrafo perdido en un volumen, un chiste y muchas otras cosas ordinarias se movían por el mismo flujo y desembocaban en ella.

Hasta que un día me llamó por teléfono para decirme que acababa de volver con su ex novia. Después de un minuto le dije, entre otras cosas, «Voy a tu casa. Hay que hablar». «No puedo. Luego hablamos en persona si quieres». «¿Adónde vas?». «Luego hablamos». «Pero, ¿adónde vas? ¿Vas a la escuela?». «Hoy no voy a ir. Voy a la playa. Voy a snorklear con Ana».

Solté el llanto.

Sentí la garra de un demonio encajada en mi pecho y empujándome hacia el suelo. En casa no había nadie. Tomé unos billetes que tenía guardados y salí a caminar. Podría decir que el dolor era el de todas las preguntas que no me había hecho hasta entonces, con el maleficio de la duda convertido en certeza; pero era más que eso. Hice lo que muchos. Llamé a un amigo y fuimos al centro de la ciudad. Le dije que se tomara una cerveza conmigo. Comenzamos a beber. Él se tomó muy pocas pero yo chupaba a mis anchas en la mesita redonda.

Después de un rato mi amigo se despidió y ya estando solo me fui resbalando por la borrachera mientras bajaba el sol. Me acerqué a una chica para decirle algo que respondió con un «vete de aquí, imbécil», luego traté de besarla y me echaron del bar. Saliendo de ahí compré algo de polvo, que me atasqué por la nariz en menos de una hora. Me dolía la cabeza. Entré a otro sitio y me puse a hablar sobre «cómo

tratar a las mujeres», con un tipo que se rió de mí junto con el barman. Salí de ese lugar con el vaso de cerveza en la mano y caminé unos metros hasta ponerme a vomitar. Les menté la madre a unos turistas. Luego tomé un autobús para ir a la casa de Julia y sus hijas, unas conocidas a las que mi padre y yo habíamos jurado no volver a ver.

El sitio era una borrachera perpetua. Me recibieron con un venenoso bote de cerveza y compré otra bolsa de polvo, de la que apenas me tragué un sorbo. Durante la noche nos besuqueamos como si cada quien tuviera en la cara un pulpo de tentáculos infecciosos y entre ellos el gancho fétido. Estaba asqueado de cigarros, alcohol y de todo, pero quería seguir pudriéndome de coraje en esa sala. Me besé con la Julia, con su par de hijas, con alguna más, y una alegría en ellas se debía a la burla de no haber cumplido mi juramento, de verme caído como el hablador que era. A una se la metí sin condón mientras una niña de seis años se despertó llorando en la cama contigua. «Vete al patio», le dijo la mujer. «Vete al patio un ratito». «No hagan eso, no hagan eso», contestó la niña y mejor me levanté de la cama y me fui a la sala a seguir bebiendo.

La Julia le llamó a mi papá: «Adivina quién está aquí, Jorge... pues el Jorgito, y anda con todo», luego soltó la carcajada y colgó.

Como a las ocho de la mañana volví a casa caminando y caí muerto. Cuando mi papá regresó del trabajo le dije, sin mucho ánimo, que Zaeth había vuelto con su ex novia. Parece que eso justificaba que yo hubiera ido a casa de Julia. «¿Para qué vas allá, de todas

formas? No tiene caso», me dijo. Preparamos la comida, arroz y pescado. Pero yo no podía comer, no podía tragar nada. Al intentar echarme una cucharada de arroz tosí de tristeza.

–Suéltalo, suéltalo –dijo mi papá con el tono que usa cuando dice palabras justas. –Te va doler mucho, te va doler un chingo ahorita y puede que no deje de dolerte y que vuelva a pasarte. Es más, te va volver a pasar. Pero es mejor que lo sientas de una vez. No tienes ni veinte años, cabrón. Imagínate que te pase cuando tengas todo esto.

Al decirlo miró a los lados y levantó las manos como si con ellas se refiriera a toda la casa, a los cuadros colgados con las fotos de la familia, a las paredes pintadas de colores cursis, a las historias, a los amigos en común, a la elección de los mosaicos en el piso, a las habitaciones de los hijos y aquellas tantas otras cosas que son sentidas por dos, de una manera única para esos dos, y luego dejan de serlo.

¿Cuánto quieres perder?

Alfredo Geraldo

Los casinos tienen algo de circo y de palacio y te hacen sentir otro desde que entras en ellos. El olor de la alfombra, el griterío de las máquinas y el ajeteo de los clientes, las luces en el techo o las chicas cargando la charola llena de tragos, refrescos y café, con la fatiga en sus sonrisas relampagueantes, son un narcótico que al menos yo no encuentro en el solo acto de apostar. La droga es la plancha donde se sustenta toda la idea de casino. Y como en las drogas, uno se adentra y se siente señor de su propio trance cuando todo está fresco y aun no le debes nada al mundo, porque acabas de despertar a una nueva incubadora de euforia y desconecte.

He ido al casino, casi siempre a acompañar a mi madre (que está hundida en el juego y el tabaco) y me he dado cuenta que los clientes han fundado una *exégesis* de las máquinas tragamonedas. Uno no puede sentarse frente a ellas sin intentar excavar hasta extraer el sentido real de sus conductas. Esa ansia de divinidad que llevamos en nosotros y que históricamente ha degenerado en una superstición institucional, surge en el casino en una de sus formas más necias y chuscas. En la máquina de los dragones habrá quien idolatre el sombrero del emperador, las campanas doradas o el yin yang de fuego. Nada por lo que se pueda culpar a una persona que está jugando parte de su quincena, o toda. Uno puede ver (porque ver también emociona en el casino) a los clientes tallando con sus dedos

el cristal flexible de las máquinas, mientras recitan un mantra diverso, que va desde la invocación de ese sombrero del emperador, hasta la maldición del mismo como una suerte de nigromancia torcida, o el golpe de rabia porque las combinaciones no favorecen, o la caricia enamorada y el chiqueo que deseamos de nuestras parejas.

Nunca faltará quien se acerque al jugador primerizo para aconsejarle sobre el temperamento de las tragamonedas. Se escucha con frecuencia que una máquina ya no dará esa tarde, o que te dará en un principio porque eres principiante y sólo así podrá engancharte, aplastarte en su mecanismo de emociones y colores, breves músicas pegajosas y la esperanza de ganarlo todo y recostarte en ello. Otros piensan que han encontrado una receta para no perder, pero estos sujetos estás tan metidos en ese ambiente que les es imposible ver lo enfermizo de sus conclusiones. Tiemblan como ancianos porque la fiebre de los nervios o el exceso de café o coca les está gritando que salgan de ahí, que no van aguantar mucho más con el culo aplastado en esas cómodas sillas, y que por más que jueguen ya no recuperarán lo que han perdido las ocho horas o los ocho meses anteriores.

Estos sujetos varían mucho de aspecto. Son todos o casi todos los sujetos imaginables. Algunos de ellos han adoptado la apariencia de aquellos otros a los que al principio vieron con lástima. Han sobrevivido tristemente a los sacudimientos de las tazas de café. Puedes identificar a un jugador enfermo cuando lo ves temblar frente a una máquina, y cuando, a pesar de ganar, nunca o pocas veces retira su dinero. Esta clase de jugadores cuelga entre la máquina y su mente una cortina de falacia: la falacia de estar ahí por las ganancias. Quieren

jugar. Jugar en el casino, con los villanos que se colocan detrás de ellos para darles consejos acerca de cómo actuar ante los pareceres y el ánimo de los robots de la suerte.

La liturgia del casino sugiere a los jugadores levantarse y caminar un poco por la alfombra. A lo mejor suben por la escalera del palacio hacia el segundo piso, donde otra manada de personas se reúne frente a las mesas. Este repentino paseo por la sala del bingo suele ser una falsa retirada. Si está enganchado no dejará de pensar en la máquina que le ganó el duelo. Se entiende que en el casino se les adjudica personalidad a las máquinas, caprichos, simpatía, exigencias y momentáneas generosidades. Este cliente quiere hacerle creer que se ha distraído de ella, pero volverá pronto, en menos de una hora, para invocar a los sombreros del emperador y los yin yang de fuego que le harán obtener toda la gloria para siempre.

Mientras mi madre se fuma el cigarro número veintidós, yo mismo subo por la escalera palaciega que me conduce a la cámara de los papeles y las esferas numeradas. Me siento junto a una señora que tiene aspecto de muñeca vieja, mostrando su digna elegancia que ha pasado de moda. Cuando habla percibo una obscenidad en su tono pero no logro localizarla en sus palabras. Concluyo que es toda ella la que me provoca esa sensación y me alegra tenerla junto a mí. Roto el hielo después de unos minutos, identifico también en su voz la obscenidad y la gracia de su acento, definido por un tono nasal de gordura. Me dice que el casino es un puterío. Que voltee disimuladamente hacia la esquina izquierda noroeste de la sala y vea a la señora del pelo blanco platicando con el hombre de cuarenta. «Es

su novio», me comenta. «Y la esposa de él está de acuerdo». Entonces me emociono por los cuchillazos con los que habla del casino. Lejos de dramatizarlos me provocan risa. En esos quince minutos me he enterado de cuatro relaciones, ambigüedades entre concubinatos y besuqueos periódicos. «Hay de todo», me dice. «Y pagamos bien. Hay de todo. Si no estuviera tan llena la sala más de una persona estaría encima de otra». Aunque es una atmósfera general, salir con alguien del casino no es tan sencillo. Debes disimular muchísimo. Pero, ¿cómo voy a disimular lo suficiente con personas como esta señora, que tiene el ojo filoso y no sale de aquí? Además, ¿qué capacidades de observación provocan estos lugares, habilidades desconocidas para mí pero ya muy bien desarrolladas en los clientes, en esta doña, por ejemplo? ¿En qué se convertirá un pequeño desliz después de ser transformado con gozo por media docena de estas narradoras?

A esa hora, después de la alegría de escuchar a la doña, me recargué más cómodo en la silla y compré dos boletos del bingo. Ella había comprado diez y junto a ellos estaban otros diez, ya inservibles, pintarrajeados con una pluma Bic. Yo soy un jugador que no invierte a ese nivel. Aunque en teoría las posibilidades de éxito aumenten comprando más boletos, prefiero mantener esa versión del bingo en que ganar es cuestión de buena suerte, de aura. Me emociona ver la cara y escuchar los gritos de los ganadores y de esos otros clientes que han estado a punto de llenar todas las casillas y de pronto les dejan caer un caldo de restos humanos en la cabeza.

Después de otros dos juegos salí de esa sala y me moví de nuevo cerca de mi madre, que llevaba no sé qué número de cigarro a su boca

con una actitud que me hizo pensar que no iba tan mal con los dragones. Esto importa poco en mi madre, porque pertenece a la clase de jugadores que actúan como si estuvieran ahí por las ganancias, y están por una perversión privada que los enamora y hiere a la vez. Se sienta, encaja la tarjeta en la ranura y golpea los amplios botones de plástico que echan luces y ponen en marcha a las lujurias de un imperio.

Sólo con asomarte a la superficie del casino ves sapos flotando sobre grandes hojas, renacuajos, lombrices y otros muchos pequeños monstruos que nadan por debajo. Con el tiempo he conocido especuladores, *dealers*, flacos usureros que cobran intereses imperdonables y a los que les va tan bien, rodeados de tipos desesperados que apostarían puestas de sol y carruseles. Uno de ellos, limpio y perfumado, me dice que ha comprado carros en el casino por menos de la mitad de su precio, a manera de empeño. «Hacemos tratos basados en el dinero y en el tiempo», me dice. «Si son las doce del día y alguien me empeña su camioneta, mañana a las seis de la tarde tiene que pagarme o la pierde. Así me he hecho de muchos autos, que casi en la misma semana vendo. No te recomiendo que vengas muy seguido. Yo he perdido más que dinero aquí». Pensé que su advertencia era una soberbia de viejo lobo, un consejo que no se pide... pero noté en su cara un gesto de dolor, en el que alcancé a ver las nalgas frondosas y comestibles de su ex esposa ojos de gato, las mejillas inocentes y la sonrisa de sus dos hijas, flores amarillas caminando por la cocina, y un perro fiel amarrado a la cadena del pasado.

Inmediatamente después de hablar con él, otro sujeto se acerca a mí cuando me quedo solo y me dice: «No le hagas caso. Éste es una lacra aquí. Es licenciado. Pero es un corrupto. Mira con la gente que se junta». Volteé y miré que el licenciado estaba charlando con dos tipos que eran el molde de con quien yo hablaba ahora. Fui al baño pensando en qué significaba la palabra licenciado. Oriné y me miré la cara en el espejo. Me eché agua. Pensé en todas las ocasiones y todos los diálogos y aventuras que pudo haber tenido mi madre con esos hombres, que por otra parte no eran nada excepcionales, eran idénticos a ti y a mí sólo que en ese momento estaban en el casino y dentro del casino uno puede darse el lujo de ser un estafador chafa e intentar hacer reír a una mujer con la sonrisa tan linda como la sonrisa de mi madre.

Viendo los periódicos recientemente he encontrado caras conocidas. Consumidores de veneno para rata y prostitutas que denigran la profesión, caras familiares del casino, delincuentes que se llenan la boca con el léxico gangrenado de una lengua que desconocen. Los he visto durante años en la calle, bebiendo, bisneando y vagando. Pero nunca los había visto en el periódico por un crimen. Nunca pasaban de robar maquillaje en el Dax o cobre en la colonia Indeco. ¿A qué viene esto último? Bueno, no sé. Tal vez sea importante mencionarlo, de alguna manera que no logro encajar, cuando pienso en las glamorosas orillas doradas de las mesas, en las figuras impresas en las alfombras, en los olores y las bolsas de mano que cargan estas mujeres que entran al casino, incluyendo a mi madre, y las que me provocan una atracción genital por el solo hecho de que

están dentro, atravesadas por la malicia, viejas o jóvenes, mezclándose con todos los demás como en un gran caldo cultural, sin importarles cuántos tanques de gas se ha robado el que está detrás de ellas viéndolas golpear los botones y sacándoles sonrisas, conviviendo todos como dentro de un albergue en el que no importa qué técnicas utilices, siempre olerás los pedos de los demás y la peste a patas, pero no te provocarán náuseas dentro del casino, porque dentro del casino se comparte una misma impaciencia de hormigas en el culo, enfurecidas y con ganas de apostar.

En general las personas decimos muchas cosas, siempre, donde sea. Opiniones de todo tipo. Puntos de vista. Si el *vox populi* se volteara de dentro hacia fuera y quedaran expuestas en su esplendor las opiniones de la gente, las ganas de vomitar por ese espectáculo serían incontrolables y el mundo apestaría aun más. Cuando le platiqué a mi amigo Javier sobre el hábito adquirido por los casinos, me dijo que el motivo era por falta de orgasmos. Y eso incluía a mi madre y a todo el escuadrón de apostadores, edecanes de la Tecate, diputados, rockeros retirados, jóvenes de diecinueve años con toda la vida por delante y atrás, que asisten al casino como antes se asistía al billar. No me convence para nada el argumento de mi amigo, no obstante deba confesar los gritos que he escuchado cuando veo a una señora mayor ganar el bingo y pienso que ojalá, cuando yo me case y tenga hijos y crezcan y se vayan de casa y tengan más hijos y los presuman y hagan fiestas y mi esposa y yo nos veamos a los ojos llenos y satisfechos, quisiera todavía agregarle algo a esa vida senil, todas las tardes o al menos una vez a la semana, y hacerla gritar como

esas señoras que le pegan al bingo y regresan a casa para restregarles las ganancias del vicio a sus parientes.

He escuchado gritos que vienen del fondo del alma humana, gritos que apenas son gritos, gritos fantasmales, gritos de pájaro, de tucán, gritos de alguien que está comiendo un pastel y al mirar a su alrededor se da cuenta que está dentro de una gran boca apestosa, y entonces su propio grito lo despierta en una cama llena de sudor, gritos de alguien que ve al diablo y sólo emite un corto alarido, gritos de quien despierta en una fosa común después de que lo han dado por muerto, gritos de gente que grita con todo el cuerpo, gritos de orgasmos que yo les desearía a todas las mujeres del mundo, a las viejitas, a las reinas, a las indigentes, a mi madre, a mis futuras hijas, a las periodistas, a las adolescentes, a cualquiera que esté siendo televisada en vivo, a las más crueles y frías controladoras del planeta, a todas las policías de todas las calles, a las niñas. A todas. A los hombres también, que confunden los orgasmos con un poco de semen. Porque nadie debería pasar por la vida sin gritar de esa manera al menos una vez. Esos gritos de la sala del bingo van propagándose por el casino en un murmullo de insectos. Llega a todos los jugadores la noticia del premio acumulado que acaba de descargarse en una eyaculación con signo de pesos. Una persona ha comprado una planilla y ahora está ahí, incrédula y desparramada, flácida como una fruta fresca que de un segundo a otro madura hasta pudrirse de euforia.

Mi madre no ha llegado a esa forma de orgasmo dentro del casino. Al menos yo no me he dado cuenta. He escuchado sus gritos, sí, pero

son preorgásmicos, no gritos de expansión y libertad sino tensiones anudadas por no ganar el paraíso. Nunca he visto que saque un premio gordo. A veces lleva buena cantidad de dinero virtual acumulado, pero no está dispuesta a abandonar el juego por unos billetes. Seguramente lo que necesita es ganar el bingo, si es que es cierta la hipótesis de mi amigo sobre las causas de la ludopatía. Como sea, no es fácil ganar el bingo. No es fácil nada en el casino. Lo único sencillo ahí dentro es tener esperanza, aunque el tamaño de tu esperanza se mida en las pantallas o las boletas tachonadas.

Supongo que ahora mismo mi madre está convocando a los espíritus de los dragones y los emperadores Ming para que el destino se acomode a su favor, mientras está sentada y bebe trémulas tazas de café. Yo ya no sé qué hacer. No sé si distraerme espiando a las parejas clandestinas, sacarles plástica a los licenciados que me encuentre o sentarme en el comedor a pedir una orden de sopas. Ya no encontraré gracioso lo que me diga la señora de hace rato, sobre otras parejas recién descubiertas, porque estoy asqueado. Y la mirada que pretende ser inteligente de todos estos bribones me es igual de repulsiva que los chistes que le cuentan a mi madre. Los conozco a todos, en sentido figurado. Todos tienen la misma expresión en la cara, la expresión de sacrificarte a ti por un poco más de lo que buscan ellos. Aparecen en los periódicos en la nota roja, porque son despiadados, como cualquiera, pero sobre todo porque están desprotegidos. Ya has de haber notado que estoy un poco cansado y desorbitado por tanto ruido y luces, falsos lujos hasta el tuétano.

Salgo del casino a tomar un poco de aire y veo la ciudad que se escurre hacia el malecón, donde el sol la espera antes de irse. Y la ciudad es una piel irritada, granosa. Tal vez nadie lo vea, tal vez nadie sienta esta leve náusea, tal vez tengo este asco porque no he podido sacar a mi madre del pantano, y porque noto que ha reído mucho hoy con los chistes de estos lagartos que la rodean, pero el mismo ambiente del casino lo veo en esas tiendas, en todos esos templos de tabla roca y corcho. De la misma forma veo entrar y salir a la gente deslumbrada por los plásticos pintados de oro y las esperanzas, grandes o pequeñas, de sus plazas. ¿No hay otras alegorías de la buena fortuna? ¿Tiene que venir envuelta en celofán o estar rodeada de luces LED?

Llega una música trágica —y no es violín ni es furia— desde unas bocinas que hacen bailar al doctor Simi, que muere de calor con una sonrisota de algodón en la cara. Espero que eso sea el último trago del día, pero sé que siempre habrá más y que yo mismo seré acreedor y proveedor del espíritu que lo impulsa, por muy pequeña que sea mi aportación. No es el casino. El casino es uno de los filtros donde se acumula parte del humo de esta clase de cigarro; un humo que está flotando en el ambiente y yo flotando en él, nadando de muertito.

Semana Santa

Luis Aguirre

La Semana Santa es pura peda, pero conserva rasgos de sacrificio y pasión. Durante ese lapso miles de pacaños se deslizan por la carretera hasta caer en la playa El tecolote, donde otros cientos ya estarán instalados con sus casas de campaña, listos para pasar un buen rato con la familia o convencidos de que aguantarán tres días o dos en un trance de alcoholismo que los resguarde de la vida diaria; trance en el que pueden suceder cosas más o menos perdonables, pero sólo en los santos límites de esa semana.

Después de esta larga frase espero recuerden sus días de Semana Santa, que aunque se trate aquí de El Tecolote, a muchos les vendrán a la cabeza recuerdos de sus propios ambientes, porque no hay nada más extendido en el mundo occidental que la imagen de Cristo en la cruz y el ejercicio de la borrachera. Partiendo de este principio, no nos sorprende que compartamos memorias. Y compartimos tantas otras cosas, que a veces tomar un vuelo u otro nos deja la sensación de haber cruzado un río, no un océano.

La Semana Santa, para quienes van a esta playa, implica casa de campaña, hielera, asador o parrilla, carbón para la carne, hielo, mucha cerveza, un par de botellas, agua, tanque lleno, comida suficiente y entre otras cosas algo de yerba, pues no importa que no fumes regularmente, en esas fechas te lo permitirás aunque no quieras, así como Pedro no tenía acostumbrado negar la amistad de Cristo, ni

Judas había planeado desde el inicio traicionar a su maestro. En otros tiempos, prepararse para esos días cargaba la emoción de ir a comprar la yerba a una de las quince tienditas que había en promedio en cada barrio de La Paz. Ahora eso ha cambiado y las opciones se reducen a marcar un número de celular, esperando que no te balaceen por equivocación cuando el carro se acerque a ti a la vuelta de un Oxxo.

El universo está en constante movimiento y para no llenarnos de pesimismo, hay que comparar de vez en cuando ese cósmico flujo y reflujo con el manejo de las administraciones, y nuestros vicios, y el crimen, y nuestra apatía o conformismo, para darle un toque universal a lo ordinario aunque con ello no logremos justificar nada de lo anterior y en el fondo tampoco nos lo creamos. El universo está en constante movimiento. La ciudad crece horizontalmente, se amplía desde sus orillas como un huevo volcado sobre un sartén no tan caliente como para dejarlo frito en tres minutos. En sus orillas se condensa la fritanga, que no degustamos en nuestra lengua pero que la leemos en los periódicos, la escuchamos a dos calles de nuestra casa o la vemos tirada en el suelo como un bulto más de la cultura.

Las Semana Santa para muchos de nosotros es un gordo en *sbores*, con una ballena en la mano, y tiene muy poco qué ver con el concilio de Nicea, ni con los papas, que concibieron la idea para fines distintos a los que nos entregamos cuando se acercan esos momentos de libertad frente al Mar de Cortés. En este sentido la Iglesia católica ha sido fiel a sus predecesores paganos, y nos ha regalado días de asueto con los que no hubiera soñado ningún palestino bajo el régimen de Roma.

No soportarás todo el evento sin descansar de vez en cuando en una silla de playa, viendo el atardecer que a todos entorpece con su sabia belleza. El atardecer, no lo olvides, sucede cada día, a diferencia de esos días santos que están para ti sin cuerpo ni reglas, y ya seas propio o extranjero, estarás tentado a consumirlos sin miramientos ni señas de prudencia. Volteas a los lados cuando el sol se ha metido y ves que otros como tú están a punto de desbocarse, no obstante les queden muchas horas a cada uno de ellos de energía y peda y posibilidades que tú estarás gustoso de no saber predecir.

El Tecolote no es visitado, sino que nos reclama fomentando el mal gusto que tanto nos gusta y desde donde explota una satisfacción que nadie puede quitarnos. Esa satisfacción incluso es enriquecida por las camionetas de los policías, cuando por una razón meramente burocrática se acercan a revisarnos y se llevan a alguien en señal de que algo está pasando, por muy burdo y corriente que sea.

No creas que esto está pensado como una apología de las marcas de cerveza, de la farmacéutica clandestina o de los *pushitas* en La Paz. La Semana Santa en El Tecolote viene de tiempos inmemoriales, en los que el Killiki ya vendía las cervezas más heladas y nuestros padres sólo tenían como referencia para comprar perico a los cholos del Santuario, del Esterito o de la Pueblo Nuevo. Qué paradisiacos debieron ser aquellos días en los que la gasolina costaba un tercio de lo que cuesta ahora, y cada movimiento de esos relatos, que difícilmente serán superados, no eran espiados por las cámaras y las fotografías del embeleso.

El universo está en constante movimiento y de pronto surgen de entre sus inexorables mecanismos un paquete de Modelo Especial, un foco fundido empapado de chuki bajo el resguardo de una casita de campaña Coleman, una planilla de ácidos para los que no han visto suficiente grandeza en las playas turquesas de la bahía y en el disfraz de cada uno de sus habitantes submarinos. Ya habrá tiempo en otros días para presentaciones de libros o manifestaciones contra alguna empresa que quiera metérnosla doblada, sintiéndose dueña de un paisaje y del agua potable. Por lo pronto, siente cómo se aplastan los dedos de tus pies entre la arena y convéncete de que, sin importar el trabajo que tengas, de alguna manera te mereces esa playa que está frente a tí, esa gente semidesnuda y esa oportunidad de recordar algo de tu ciudad y de lo que hiciste en ella antes de echarte un sueño largo en los Jardines del Recuerdo.

No estoy maquillando la decadencia. La decadencia viene después de un esplendor. Entendemos que detrás de esa roca hay una reunión de cochitos y muleginos buscando con sus trompas un pedazo de vida, y que más a la izquierda, en un vericuetto de piedras verdiazules, se esconde un pulpo que parece un castillo en movimiento. En la arena hay caracoles, cada uno más paciente que cualquiera de nosotros y en cada gota de mar un reino de microbios. Para ellos tendremos otras tardes y otros textos. Enfoquémonos hoy en un cartón de ballenas, en el humo espeso, en el sueño de nadar borracho a las cuatro de la mañana y en un montón de cosas que cada cual sabrá desenterrar de sí mismo, si es que alguna vez ha ido a El Tecolote convencido de que durará dos o tres días en aquel trance de

alcoholismo que lo resguardará de la vida diaria, o porque la vida diaria también se fue a acampar.

La mirada tiene sus límites y no alcanza a recolectar todo lo que ocurre. Habrá quienes vacíen hieleras cuando todos festejen, mientras otros se acurrucan en el fuego de seis troncos de mezquite. El domingo habrá concursos, playeras mojadas y otros circos que no compensan lo que uno hace por sí mismo junto a sus amigos. ¿Quién no tiene recuerdos que superan el baile de una morra del CBTIS dándole todo en el templete? Estamos plenos y queremos más. Las olas nos arrullan pero hay pocos que quieren dormir. Y si acaso la realidad sea que no estamos plenos, sino vacíos y no sabemos cómo llenarnos, esos intentos por justificar nuestros latidos ya son anécdotas, materia anecdótica aunque nadie la escuche.

Tengo mis dedos en el teclado y siento la etiqueta amarilla de una ballena en la palma de mi mano. Fumo un cigarro y cuando truena la flama apenas se oye la música de otros años, sentado frente a la fogata. Me resigno a que después de todas las imágenes que han pasado ante mí, sólo queden enredadas unas pocas.

No faltan tipos en sandalias con la lengua suelta. Se reproducen los sermones de la montaña y por un tiempo se recibe bien la enseñanza de amarse unos a otros, amar al prójimo y a sus cachorros. Entonces cada uno es su propio Cristo; también su propio Judas y sus propios soldados romanos; y todos, por lo regular, van rotando el papel que les toca representar hasta que al fin representan cada uno, completos o de paso. El que hace unas horas era Pedro negando a su

maestro, ahora reniega contra los policías o le estrella un envase a alguien en defensa de su amigo, que hasta hace dos minutos era un santo Jesús pero que, pasado de alcohol, se ha convertido en Barrabás y se carcajea de la ley y de los jueces.

El sol que va bajando es propicio para la parábola, y teniendo en cuenta que llevas un bolsón de mota, todo resultará de encanto nazareno y te sonará que dos o tres frases contienen una verdad duradera. En el carisma de El Tecolote nos hundimos y cada cual, de día o de noche, se embriaga hasta el martirio, con mayor fuerza si se mantiene en la idea de no ser de este mundo, de no tener que rendirle cuentas a nadie sino al Todopoderoso, en un reino no material, glorificado por vibraciones angélicas y cuencos en forma de galaxia, de donde se alimentará el alma sin fin con frutos estelares. Por lo pronto saca todo el vómito que traes dentro para que te alivianes y dejes el papel del hijo en el Calvario. Te caería bien un bautismo con agua salada para despejarte, o un sueño del que te levantes renovado o crudísimo, diciendo «no me toquen, no quiero saber nada».

«Cristo fue traicionado por el Padre, que en realidad era el falso dios Demiurgo», piensa un gnóstico mientras flota cercano a las rocas con sus visores y su snorkel, alejado del ruido. «Hubo un ajuste en la fecha de la Pasión, para que coincidiera con las Saturnales», sigue pensando. Mientras tanto, lo que pasa frente a sus ojos es un festival perpetuo de pequeños seres que saben del mundo todo lo que tienen que saber para ser ellos con toda su potencia. Luego un pez abre la boca y se come a cinco gusanitos traslúcidos que parecían suspendidos en torno a una semilla color plata. Así la vida sigue bajo

el agua. Fuera de ella, en la arena, un tipo abre una hielera de donde saca un *tupper* lleno de ceviche, luego alcanza un paquete de tostadas y se sirve una, sereno, seguro, pies descalzos, con sus lentes oscuros, único Pantocrátor en dos metros a la redonda, o quizá más, radiando su energía.

Por toda la orilla se extiende una enorme anguila varada, que no es otra cosa que el gentío. Recorriendo esa orilla es imposible no toparse con conocidos, estancarse en ellos o seguir como quien quiere ver pasar etapas de su vida retratadas en la gente que se va encontrando.

El de la tostada de ceviche siente que ya le explotó y detrás de los lentes oscuros sus pupilas concuerdan con su ánimo. Otro cuidará de la hielera. Se levanta y anda con un bote helado en la mano. Sabe que más tarde no sabrá igual el alcohol y de hecho ya comienzan las náuseas, acompañadas de la visión acuosa. Tiene plena confianza. Nada de lo que suceda en su cabeza puede matarlo; en algún punto del recorrido estará seguro de poder respirar bajo el agua, pero ya son muchos papeles los que ha tramitado en los últimos años que no va morir ahogado por una impresión de principiante.

Quiere nutrirse del evento. Mientras los objetos, seres inanimados o personas, adquieren nuevo significado y su pensamiento trabaja a la par de su piel, él se mira desde una cumbre que nadie percibe. Ahora la enorme anguila varada es el gentío y también es la anguila, no sólo un símil. El sol, que ya casi no existe bajo el mar, piensa por sí mismo y lo que piensa mancha de bermejo a los que se emborrachan frente a él. Qué lástima no compartirlo con sus padres y qué lástima no tener

hijos para compartirlo. Qué desperdicio de granos de arena y mutación de luces.

Hay mucha ropa chillante alrededor y mientras van pasando los minutos y el papel truena con más fuerza, hasta parecer que se puede ver lo que se siente y sentir las fotos en la cara, el aspecto de la escena no siempre es gustoso. Se le ocurre que al final de las Saturnales la arena que ha soportado pies de piratas y nativos estará llena de bolsas amarillas del Super Pollo, y habrá una docena de marcas de cerveza multiplicadas en miles de botes de aluminio. Eso le da más asco que el ácido. «¡Qué aridez!», piensa. Qué luz calentando los cerros, donde los cactus tienen su propia fiesta lentísima y seca. No se puede decir que la esté viendo, pero piensa o presiente que una serpiente con cabeza de venado baja del cerro y se escurre entre quienes festejan a nivel del mar.

Hay algo que no encaja entre sus ganas de sentir la historia del desierto y la música que sale de los carros. Se le ocurre que debió haber ido a otro sitio; que debió haber ido solo a una playa sola. Después, su malhumor es dominado por la euforia sintética de los visuales y así no le parecen tan enfermizos los himnos de la identidad. Entre el hielo con las cervezas y los compas que cuentan historias, ve siluetas de hombres desnudos que lo miran sin hablar, fantasmales, de caras cobrizas y severas. Cuando la oscuridad lo amerite, aparecerán de nuevo en el reflejo del fuego, y aunque no digan una sola palabra, lo admitirán en el secreto festejo que precedió a la llegada de los barcos y al libro del Señor.

Malus Domestica

Aarón Avilés

Si al menos pudiera ser un gusano, Manzano, para vivir en el corazón de tu fruto. Si pudiera dormir en tu sombra, acolchada por trocitos de ti que caen al suelo. Dicen que eres el culpable de todo, pero me importa poco si los hijos desnudos de Dios perdieron el paraíso por tu causa. Tú eres un paraíso lleno de hormigas cristalinas, y la misma Afrodita traicionaría a los dioses por una de tus joyas.

Los hombres se confunden, los historiadores falsifican papiros para decir que conocen tu origen. Para algunos fuiste oro de los romanos, para otros un templo de árabes primitivos, y muchos te pintaron en China con pincel de cabellos. Te ubican en Turquía, en el Cáucaso, en los bosques del Norte. Yo me conformo con no entenderte, con quedar desorientado, como esos pájaros que caen de tus ramitas, enloquecidos y satisfechos.

Qué mejor destino para un ave que el de construir su casa entre tus brazos. Si los hombres supieran de tus delicias secretas, se olvidarían de querer volar. Esperarían la melancolía de tus otoños y arrancarían vulgarmente tus senos maduros para calmar el hambre. En cambio los gorriones se posan en ti, y con mayor paciencia recogen con sus picos cuerpos de plantas muertas. Construyen nidos, copulan, se multiplican, tiemblan acalorados cuando suenan tus hojas, y te aman sin más.

Podría apostar que tus raíces perdidas tienen forma de mujer, como un último guiño de un dios ebanista. Pero al andar por las calles del mundo buscando esa figura, sólo hallo frivolidades, lujurias mecánicas, raíces sin fluidos. Invento imágenes mientras miro el cielo recostado en un campo. Entonces veo ejércitos de insectos subterráneos que hallaron tus raíces. Los imagino borrachos con tu tibieza, y cierro los ojos resignado.

Postal

Mónica Ceseña

–Dale gracias a Dios que no van hallarte en hielera, pinche perro.

Lo dejaron unos minutos más, viéndolo llorar y desangrarse. Yo trataba de aplicar lo que alguna vez ejercité en unas clases de yoga: «Concéntrate y cálmate, concéntrate y cálmate». El Arremangado luchaba por vivir, ya sin manos, una especie de insecto con el que los niños juegan a la Inquisición y aun sin tenazas o patitas sigue tratando de escapar. Después de un cigarro, uno de los sicarios le brincó con mucha fuerza en el pecho, varias veces, hasta que lo mató. Luego aventaron el cuerpo y las manos a la fosa, con lo que quedaba de nosotros y le dieron un tiro de gracia justo al lado mío. Mónica debía estar pensando que a esas horas yo seguía bebiendo y comiendo almejas rellenas en Comondú.

A uno de los matones le sonó el teléfono.

–Ya reventaron a otros dos.

Se fueron.

Sobra describir el dolor que sentía por el disparo en mi quijada. Pero era un dolor superado por mi miedo a todo. Tenía miedo de que volvieran antes de que pudiera huir; tenía miedo de morirme de esa forma nada heroica, y que Mónica reconociera mi cuerpo; tenía miedo también de que mi cuerpo ya estuviera muerto y que lo que sentía y pensaba en ese momento fueran expresiones de mi alma encerrada entre la vida y la muerte, otra de las almas en pena de El

Zacatal. Esto último me aterró más que todo. La idea de ser ejecutado como si fuera un perro sarnoso no era nada agradable, pero el quedarme atrapado en un eterno sueño de lamentaciones, culpabilidad y autocompasión era mucho más amenazante y asqueroso. Si esa sería mi condición, prefería que regresaran los asesinos y me dieran dos o tres tiros más en la cara, hasta matar mi alma y no sólo el cuerpo, para por fin dejar de pensar y temer.

Con ese miedo no podía quedarme ahí tirado. Había leído que al morir las almas en pena se levantan confundidas y con la mirada borrosa, cegadas por el dolor o lo violento de su muerte. Por eso no ven el cuerpo que dejan, que puede estar tendido en el suelo, en la cama de un hospital, aplastado dentro de un carro o de muchas otras formas desagradables y tristes. Tenía que levantarme de esa fosa y ver si mi cuerpo seguía en el suelo, lo cual significaría que efectivamente me había convertido en un alma perdida, en un fantasma privado del mundo de los vivos y deseando ser escuchado al menos durante la noche por mis seres queridos, que se asustarían por mi voz de profunda angustia.

Al ponerme de pie vi con gran alegría que en el lugar no quedaba mi cuerpo inconsciente, sino el del R2, el del Gallo y el del Arremangado con las manos mutiladas, definitivamente muertos. Yo estaba revolcado, pero vivo. Eufórico, miré mis manos, observé lo que pude del resto de mí y luego miré el cielo con su pequeña luna nublada. Me toqué la cara y volví a sentir de lleno el dolor intenso de un disparo en la quijada.

Estaba por reflexionar sobre lo increíble de haber sobrevivido, cuando vi dos luces altas de carro que se acercaron. Me alejé de la fosa y corrí hacia el monte. Después de haber corrido unos veinte metros llenos de pánico, tropecé con algo y caí de cara en la tierra seca. Todo indicaba que todavía no estaba libre del infortunio. Por lo menos estar a ras del suelo parecía seguro. Giré para ver rumbo a la fosa, donde distinguí dos siluetas que echaron un bulto al suelo y que no parecían los mismos matones de hacía un rato. De nuevo me atrapó el miedo. Pensé que se darían cuenta que hacía falta un cadáver en la fosa y se pondrían a buscarme. Pero en vez de eso, y al no ver claramente lo que hacían, quise creer que estaban tapando el hueco, que habían venido a enterrar al último pendiente que tenían, que de ahora en adelante darían por terminada su misión, se olvidarían de mí y se dedicarían a disfrutar del dinero y de una ciudad sin chapulines ni contras a quienes disputarles la plaza.

Ahí me quedé hasta que se fueron. Me levanté y caminé por entre el monte. Podía sentir el hueco por donde había salido la bala. Me acordé de 50 Cent, el rapero que sobrevivió a nueve disparos, uno de ellos en la mandíbula, y pensé que quizá teníamos la misma estrella protectora y que tras recorrer el valle de muerte por donde había andado esa noche, era mi responsabilidad valorar de otra forma la vida, dejar de quejarme por no tener trabajo y, ya que estuviera a salvo de todo y de todos los cárteles, ir inmediatamente a una papelería y comprar un montón de solicitudes de empleo y trabajar de lo que pudiera, sin volver a tocar nada que tuviera que ver con ese tambo de mierda del que todavía no me sentía fuera. Caminé hasta

que salí por no sé qué colonia, Paraíso del Sol, Arcoiris, Bendición de los Santos, Residencial de la Inmaculada Gloria de Dios, Bienestar Puritano Omnipresente o alguna otra de nombre similar, todavía sangrando un poco del balazo, con mucha sed y con muchas ganas de estar empiernado con Mónica entre las cobijas.

Supongo que serían como las seis de la mañana o un poco antes. Mi aspecto de resucitado lleno de tierra no era nada conveniente para pedir ayuda, aunque tenía la ventaja de no estar descalzo, un detalle característico del hombre civilizado. Sin celular ni dinero me sería difícil contactar a Mónica. Seguí avanzando por entre las calles de la colonia. Quería evitar a toda costa toparme con policías, pues el hueco del balazo me delataría, preguntarían quién era, para quién trabajaba, quién me disparó, en fin, que les contara toda la historia con la que armarían el boletín oficial en el que sería expuesta mi media filiación y mi nombre, lo que significaba pasar de ser un completo desconocido para los asesinos a ser un blanco fácil. No quería saber nada de patrullas ni ambulancias. Además, a pesar del dolor, ya no sangraba tanto y me sentía estable en cuanto a eso. Me sentía más bien como si regresara caminando a casa totalmente exhausto después de darlo todo en una rave o en una barra libre con aguas locas.

Me acerqué a unos albañiles que construían un sitio perfecto para refugiarme hasta que pudiera comunicarme con mi novia. «No están las cosas como pa' andar haciendo paros, compa», me dijo uno. Luego, al ver bien el estado jodido en el que me encontraba, o sea «estás muy puteado. ¿te pegaron?»», según sus palabras, me dieron

agua y veinticinco pesos para que resolviera mi situación. Caminé hasta una calle principal; tenía que arriesgarme. Tomé un transporte en el que me sentí acosado por la mirada de los pasajeros y los ojos de sus celulares, con los que seguro me grabaron o tomaron foto. Era una hilacha revolcada y manchada de sangre seca.

Al llegar a casa prendí la computadora y le escribí a Mónica, que en cuanto leyó mis mensajes de carácter urgente salió de su trabajo directo a verme. Le expliqué –como pude– todo el problema en el que estaba metido, la mentira de las almejas rellenas en el festival de Comondú, que yo había inventado para estar fuera de casa una semana. Cuando comenzó a insultarme y a llorar yo ya estaba tranquilo, al menos más tranquilo que hacía unas horas, y la veía enamorado como nunca, sobre todo cuando golpeó la mesa, quebró algo de vidrio y aventó el botiquín con las gasas, el alcohol, el agua oxigenada y el yodo con el que me limpió el hueco por donde salió la bala. Yo seguía sin querer ir con ningún doctor y en verdad que me sentía bien físicamente, adolorido en términos generales pero bien, tomando en cuenta todo.

–La bala salió limpia –me dijo Mónica–. Si tuvieras trabajo podrías haber pedido incapacidad.

Durante la semana los periódicos publicaron el hallazgo de la fosa clandestina en El Zacatal, con fotos distorsionadas de cinco cuerpos, rodeados por elementos del ejército. No había una sola hora en la que no presintiera la llegada de los matones y el tiro de gracia que no

habían podido darme unos días antes. Compré un celular que sólo utilicé para comunicarme con Mónica, mientras arreglábamos todos los asuntos necesarios para estar a salvo. Nadie conocía mi número excepto ella, con nadie había hablado excepto con ella durante esos días, y aun así sentía la traición en el aire, el ambiente fétido de la desconfianza o la posibilidad de ser observado por mis verdugos y terminar sin mayor romanticismo ni importancia en las fotografías de los periódicos como un ejecutado más de los cientos que había hasta esa fecha.

El sábado, alrededor de las dos de la tarde, suena mi teléfono. Contesto y escucho una voz lejanamente familiar: «Mira, hijo de tu reputísima madre, soy el Chaneque, güey. No sé cómo le hiciste pa' librarte de la putiza que te pusimos pero hay de dos sopas. Ya tengo identificada a tu pinche vieja y si no das la cara va aparecer su cabeza junto a la tuya, ¿cómo ves? O te chingas tú solo o se chingan los dos, y no me...»

Le colgué, temblando, pero ya para ese entonces Mónica había pedido un préstamo en la Coppel y otro en Banco Azteca, estábamos facturando el equipaje a punto de tomar un vuelo, luego otro, lejos, y luego tal vez otro, sin ningún maletín lleno de billetes, pero con la esperanza de llegar a una tierra inalcanzable, blindada por kilómetros de distancia. Y aquí seguimos, por ahora.

Afición

Daniela Cosío Lucero

No es frecuente hallar en La Paz una hielera llena de extremidades humanas, con una cabeza encima como moño, con esa mirada de reflexión que adquieren los rostros de quienes mueren decapitados. Pero hay sus excepciones. El 17 de mayo de 2015 fue encontrada por primera vez una disposición similar de fetiches, desparramados en cinco barrios diferentes.

Movido por una curiosidad de aficionado, imprimí un mapa de la ciudad y marqué con plumón rojo los sitios donde habían sido encontrados aquellos restos; después tracé varias figuras distintas, uniendo dichos puntos con líneas rectas, pero ninguna revelaba una geometría simbólica, una intención misteriosa. No había nada parecido a una estrella de David, ni a un pentagrama o un triángulo. Era simple y llanamente la matazón y el destazadero de carne repartida, casi al azar, por seres de un mundo al que no nos habíamos asomado sino a través de la tele o internet, y que ahora percibíamos cerca, acechando con sus AR-15 y motosierras y sus narco-mantas de joyas ortográficas.

«Ora si hijos de su puta madre entregen lo que nos cobraron por limpiar la plaza les va cargar la verga como al Camacho rata contesten los blackberi», o algo así decía uno de los mensajes, colgado en el puente de Soriana sobre el bulevar Colosio. A las siete de la mañana un niño de nueve años vio un bulto en el suelo, mientras iba a la

escuela. La cabeza parecía de puerco pero pertenecía a uno de los jefes de sicarios del brazo armado de las fuerzas especiales del bla bla bla y puras mamadas. El niño se acercó a la cabeza pensando que era un balón de futbol, y al darse cuenta que no lo era, regresó a su casa y le contó a mamá.

Otros hallaron torsos. Uno estaba en la entrada de una casa de la colonia Ladrillera, otro en un cajero automático. Cuando vi la noticia me pregunté qué me aterrará más a mí: hallar una cabeza, que quieras o no todavía conserva cierta personalidad; o un torso desnudo, que convierte al cuerpo humano en una piñata tétrica (¿no habrá un capo que haya recibido, como regalo de cumpleaños, el torso de su hijo pintado de piñata?). Serán sensaciones diferentes, pero no tiene importancia; da lo mismo torso, manos, piernas, pies, cabeza, aunque estén desparramados o todos en la misma hielera.

Si me muestro susceptible ante casos como éstos, es porque en mi tierra eran inusuales hasta hace poco más de dos años. A diferencia de Tamaulipas, Guerrero, Veracruz, Chiapas, Quintana Roo, Hidalgo, Chihuahua, Morelos, Sinaloa, Sonora, Jalisco, Oaxaca, Yucatán, Baja California, Nuevo León, Durango, Michoacán y alguno que otro que se me escapa, la gente del paraíso sudcaliforniano no había sentido el ambiente que se va formando en una tierra de ejecuciones, donde ya no falta la noticia de un nuevo balaceado, sino que se espera, a veces con secreta complacencia.

Que yo recuerde, desde hace quince años y unas cuantas semanas, inició en La Paz un consumo intenso de drogas, que incluía pastillas, marihuana, coca, solventes y cristal. El cristal se apoderó de las calles

y fue la versión no sangrienta de una violencia de narcoestado, que no nos parecía del todo ofensiva porque no estaba decorada con el dramatismo de los torsos desnudos, de las cabezas en la banquetta, de los cuerpos torturados hallados en el monte o los sesos de un joven en un restaurante de mariscos. Tal consumo sigue más o menos igual, ahora envuelto y superado por una situación que no acabamos de entender.

Aun en la confusión, nuestra naturaleza nos orilla a enlazar un manojo de hechos y con ello especular y armar relatos, ¡y quién no disfruta al especular sobre los capos, los cárteles, los conflictos internos de los políticos! El 31 de julio de 2014 ocurrió el evento fundacional de la actual narco-guerra en Sudcalifornia: un triple asesinato rumbo a Los Planes, a la orilla de la carretera. Después de esa noche las ejecuciones continuaron y un mes más tarde yo estaba interesado, como muchos, en conocer el significado de cada homicidio, la relación de las muertes y algo que se acercara a la verdad.

Revisando la prensa inicié un pseudo-análisis de cada nombre adjuntándole datos que leía en las noticias. Me tomé la molestia de ir armando un mapa de la muerte en la pared de mi cuarto. Imprimía el resumen de cada nota y sus imágenes y las pegaba en el muro. Fui uniendo con hilos de lana a individuos, grupos, fechas, fotos y comentarios. Al principio, el mapa prometía dar claridad al asunto, pero después de dos meses las divergencias en los periódicos y la cantidad de muertos me empezó a complicar las cosas.

Llena esa pared, tuve que usar las de ambos lados, cruzándose los hilos.

Surgieron de la nada nuevos comandos y una especie de novelitas por entrega con sus protagonistas y hasta narco-amoríos: el Mermelada, la Tuerta, el Pepe, el Moco, el Gallo, el Rayo, el Chungo, el Muñeca, el Cólera, el Cochi, el tal y el cual y yo ya no quería saber mucho de diversidad sino de uniones. Eran tantas las notas de dónde sacar material, que me quedaba poco tiempo para prepararme comida o salir a dar un paseo mientras dejaba ventilando la casa. Las muertes de personajes cruciales, que de vez en cuando ocurrían, como el caso del abogado Elohim González, me hacían creer que no estaba ante dos o tres historias diferentes, sino que ya de plano me había zambullido en una red de argumentos sin guía.

Dentro de la casa creció algo que semejaba tener signos vitales; los hilos salieron de mi cuarto y pasaron por el pasillo que da al comedor, y del comedor a la sala, donde tuve que hacerle espacio a nuevos ejecutados, nuevos jefes, nueva información y anotaciones comparativas, entre retratos de mis familiares que nada tenían que ver con los casos en cuestión. Sólo tenía como condición de este mapa tridimensional, no permitir que los hilos de lana entraran a la cocina, pues una llama que se prendiera de ellos era un incendio seguro y la incineración de todo mi trabajo.

Continué, aunque ya me era difícil estar en casa. Fumaba de vez en cuando, al fondo del patio, y me preguntaba entre cigarro y nerviosismo quién era el muerto o el asesino que terminaría de formar tal heptaedro, tal dodecaedro, trapecio, hexágono, octágono o

poliedro de los que yo veía dentro de mi casa con un significado que las visitas no entendían. En tanto seguía la muerte en la calle, resultaba más complicado recibir a mis amigos, pues era casi imposible que ellos cruzaran hasta el patio sin estropear las geometrías de los hilos, que iban creciendo, que sólo yo sabía leer y que a nadie entusiasaban tanto como a mí cuando intentaba explicarlas.

Era comprensible la falta de entusiasmo, teniendo en cuenta que los cuerpos que iban apareciendo ya le habían dado cierta monotonía a un fenómeno que en un inicio nos provocó incredulidad y asombro. Mi afición por la narco-guerra me tenía, por lo pronto, lejos de esa frivolidad con la que otros ya comenzaban a ver las cosas. No es que yo fuera especialmente sensible. Mi frivolidad era de otra clase; estaba bajo una emoción similar a la que nos provoca una música, literatura o serie; de ello no me daba cuenta, creo que porque al principio mi objeto de estudio no estaba marcado por la distancia que entraña lo ficticio. ¿No era parecida mi exaltación de hallar la coherencia entre seis cuerpos dispersos, a la satisfacción de comprender las alusiones entre unos libros y otros?

Lo cierto es que había una diferencia radical entre las noticias y los libros. Tras años de masacre en todo México, decapitados, colgados, cuerpos cocidos en ácido, camionetas llenas de cadáveres, incinerados, videos de levantados y torturas; tras años de todo eso y más, ahora los sitios donde ocurrían los hechos eran zonas que yo conocía desde niño, las fotos en los periódicos mostraban escenarios que cargo en mi alma, y aún algunas de las víctimas eran personas a

quienes les brindé amistad, amigos, o al menos con quienes me tomé unas cervezas alguna vez, en algún punto de las andanzas paceñas. Eso me atravesaba el corazón como ciertas frases y lecturas.

Sin embargo, los sentimientos más puros o nobles, como la indignación, se fueron mezclando a otros que son tantos y tan combinados, que no podría describirlos con un orden y una certeza que me dejara tranquilo. Ya no sabría decir si temía que apareciera un conocido mío en la lista de los muertos o si algo en mí lo deseaba por debajo del agua, una fracción de mi corazón que no dejaba que el resto se enterara de su motivo de placer.

En uno de aquellos días, en que pasaba parte de las noches ordenando las claves que podrían llevarme a una nueva respuesta, cruzó por mi cabeza esa posibilidad. Pero el trabajo era tanto, los muertos tantos y casi todos ajenos a mí, que no tenía tiempo para reflexionar sobre los delitos de mi consciencia. De cualquier forma, no pasaría de ser una mala broma del pensamiento; algo similar a aquellas ocurrencias mentales que ya me he perdonado muchas veces, y que pueden convertirse en guerras intestinas siempre y cuando se luche contra ellas aun sabiendo que son tan fuertes y gustosas que es mejor nos invadan y dominen por completo.

Mis amigos dejaron de visitarme, no por antipatía hacía mí sino a los hilos de lana, las imágenes y los titulares que estaban pegados en casa. Era un espectáculo sin la necesidad de comprender la estricta relación entre unos recortes y otros. La paleta de colores incluía en primer lugar el rojo, y de ahí tonos que se decoloraban desde el negro prieto de la carne, pasando por un mestizaje más tenue, cobrizo,

claro, hasta llegar al gris del concreto y volver al negro, pero del pavimento.

El cuadro estaba moteado por algunas guayaberas de los funcionarios entrevistados sobre la violencia de La Paz, y que respondían, la mayoría de las veces, con un argumento que a mí me parecía el de una suave película. Sus declaraciones, junto a las del presidente del país, sobre casi cualquier asunto, me hacían pensar en la multitud de realidades que se pretendían crear, y que las sustentaban negando la realidad principal, con lo que caí en un estado de náusea y depresión que no me había provocado ningún rostro sin ojos o sin dientes, ninguna cara machacada a balazos de todas las que había visto hasta entonces. Al recordarlo me vuelve a dar asco y de hecho tendré que cortar aquí el párrafo para vomitar.

...Si ya de por sí los hechos daban para vomitar varios litros, el cubrirlos con un bienestar inventado, verbal, era la prueba de un noviazgo entre lo oficial y lo clandestino; o en el mejor de los casos una ineptitud que se notaba por exceso de maquillaje. Ese tipo de negación aumenta la impotencia; impotencia que yo convertí en una afición por saber más y más de los narcos, los políticos, las plazas, las familias, y que fue desarrollándose de una forma que no esperaba; inútil ejercicio de hacer un hueco en la tierra para tapar otro. Como dije hace unos minutos, yo no estaba acostumbrado a estas tormentas de sangre, sino a los chubascos y huracanes, que si nos vienen a pegar en la madre casi todos los años, nos unen por unos días en vez de atemorizarnos durante largas temporadas o épocas, como lo hace este ambiente del que ya perdí la cuenta de los muertos.

Si me veía con mis amigos en sus casas o en un sitio público, no podía evitar recordar qué caso había sucedido en la plaza comercial donde nos veíamos, o en qué plaza o incluso a qué altura del malecón le habían pegado seis tiros a aquella «persona del sexo masculino». Poco a poco me fui resistiendo a hablar con ellos del tema, pero ya sabes que por más que huya uno de sus obsesiones, con frecuencia se nos presentan atajos para llegar a ellas.

Mi casa parecía el interior de un frasco invadido por los hongos, después de semanas en el refri. El gusto detectivesco hacía mucho que se había apagado en mí. La persecución de un asesino en serie convierte cada ceniza de cigarro, cada mancha de vino o aroma en una joya para el que lo persigue; pero el recolectar datos de un centenar de sicarios –muchos de ellos acababan de aprender a cargar un rifle– es un trabajo distinto en el que no existe esa sutileza de pistas.

Las verdaderas pistas tenían cuentas bancarias y otras hasta venían en hojas membretadas. Decidí terminar con la persecución de palabras, de historietas, sin que ello significara taparme los ojos; la afición estaba cubriendo mis ojos, en vez de aclarar el panorama –el montón de muertos, digamos, no me dejaba ver el bosque.

Admiro y celebro la gran cabeza del periodismo y todos los agentes que trabajan en ella. Pero por entonces debía retirarme, cansado de mi incursión de aficionado. No fue sencillo convencerme. Al final logré tomar una decisión y librar a mis intestinos de las mordidas de la incertidumbre. Conseguí un cuchillo militar y con él fui cortando los hilos que cruzaban mi casa. No era exagerado. La

acumulación de hilos hacía difícil cortarlos con un simple cuchillo de cocina.

Arranqué también los recortes, titulares, notas, fotografías, declaraciones. Todo lo iba metiendo en bolsas negras para la basura, tamaño familiar, que luego envolví y apreté con cinta canela. Fueron varias bolsas, que retuve durante dos días en la sala, sabiendo que nadie vendría a visitarme. Pensé en hacer una fosa en mi patio, pero preferí el monte, rumbo a la Comisión de Electricidad, más o menos a las tres de la mañana de un martes. Era mucho hilo y mucho papel que tenía que desaparecer, así que tardé en hacer la fosa lo suficientemente grande para que cupiera todo. Terminé lleno de tierra pero con la impresión de haber vencido a alguien.

Al menos esos bultos no iban a hincharse y apestar como los pedazos de cuerpo de otras fosas en la ciudad. El jueves por la noche tenía mi casa limpia otra vez, como si fuese una persona a la que le preocupa sacudir los muebles. Para el viernes ya estaba preparando con mis amigos una carne asada, marinada con jugo de naranja, y no toqué el tema para nada en toda la noche, aunque me estaba muriendo de ganas por saber a quién habían matado ese día.

Calamidad

Víctor Cota Beltrán

Que me haya enamorado de ti en dos días no es razón suficiente para no hablarme nunca más. Es obvio que tendrás la mira en horizontes más amplios, pero de vez en cuando haz algo sucio, como comerte un kebab. Ayer me comí un kebab y me acordé de ti: «seguramente Calamidad no hubiese soportado esta imitación de ternera y este pan que parece galleta».

Luego pedí un poco de picante y me trajeron una falsedad que superaba al kebab entero.

Quise escribir un cuento sobre ti, pero noté que las piezas no encajaban todavía. Se necesitan unas semanas más de coqueteo y descaro para ver las cosas con mejor proporción, agregarle detalles que no nos sucedieron, cubrir lo obvio y resaltar lo menos perceptible del extraño caso de enamoramiento que padecí contigo.

Todos mis amigos en el bar confirmaron lo que ya sabía. Me precipité de una forma ostentosa y autodestructiva; prueba de ello es que hacía tantos meses que no escuchaba a José José como lo hice aquella noche en que pensaba qué tan bueno me iba a quedar el ceviche que quería compartirme. Me dan comezón algunas ocurrencias, como que estaba tan abandonado que fue sencillo me atontaras en menos de setenta y dos horas. Medito y me sereno. No estaba tan abandonado, ni siquiera bebía tanto por esos días. Debíó

haber sido una de esas cosas que pasan para recordarnos que no estamos hechos de tornillos ni pequeñas láminas magnéticas.

Uno de los fotogramas que tengo más presentes es el de tus piernas yendo al baño. Pero tus dientes chuecos se llevan la corona de laurel. No me cabe duda de que sacados de contexto, tus dientes sólo me gustaría para engazarlos en un anillo. Conociendo el resto, son la puerta para recordarte en muchas otras formas. Y es que te evoco con una voluntad casi total; a excepción de algunas noches o temprano en la mañana, mientras sigo acostado, controlo tu recuerdo como si fuera un cigarro.

Una vez me miré al espejo y noté mi aspecto raro, de otro yo. Pensé: «es cierto, estoy actuando como un psicópata con esta chica. Necesito tranquilizarme y comenzar a jugar al ajedrez de falsa indiferencia con pizcas de interés». Pero sabía que no podía permitirme ese guión contigo. Acababa de conocerte y estabas a tres días de irte de la ciudad, a un pueblo que sigue resultándome imaginario, lleno de frasquitos de vidrio verde y ecos de espadazos, donde has de encontrarte en un paseo el portal de un jardín no visto.

Es probable que la causa del extraño caso sea que tú naciste y creciste donde hay calles empedradas y las bases de los muros se llenan de musgo. Un ambiente así es propicio para perversiones medievales. Yo en cambio nací en el desierto, y los muros más viejos de mi ciudad eran jóvenes cuando aparecí. Mi niñez no estuvo acostumbrada a la neblina, como la tuya, y sólo hubiese encontrado un verde igual de fantástico que el de tu pueblo en el fondo de una

playa escondida entre cerros, o en el lomo de uno de los escasos sapos que croaban cuando por fin llovía.

O tal vez no fue lo exótico lo que me atrajo, porque no hubo tiempo para notar en ti los rasgos de tu pueblo. Por encima de los dientitos, de las piernas yendo al baño, resaltaba la idiosincrasia de los que no quieren instalarse por mucho tiempo en una sola isla. Eso no sólo lo noté por tu necesidad de estarnos cambiando de bar, sino por el modo de manejar tus palabras, tus ganas de no querer encariñarte.

Para mí eso tenía poca importancia. Me sentía tan satisfecho con el miedo que provocabas en mi tamborcito de sangre, que no podía detenerme por tu actitud, mucho menos si yo mismo era un actor afectísimo a ella. Todo el asunto de sentirme enredado por las líneas translúcidas que habían aparecido en torno tuyo era un manjar del tiempo, el *lapsus brutus* en que surge la urgencia por compartir todo lo comestible y devorarlo hasta el hartazgo. Sabía que ese hartazgo no llegaría, cuando mucho daba para pensar en imágenes manidas, escarabajos dorados e histéricos raspando el techo, capullos con flores dentro y temblando por salir, aunque sepan que sólo saldrán para oxidarse; cosas así.

Estaba lleno de algo. Tal vez de pura estupidez y ocio. Tanto así que al saber que te irías a Croacia comencé a jugar con los nombres de sus ciudades. Con esos nombres tan poco familiares no fue difícil inventarles nuevas funciones: Osijek sería ahora un remedio doloroso contra la epilepsia; Zagreb, el peor insulto entre los gitanos; Lepoglava, la bruja alcalde en la historia del país; Donja Stubica, una

peste que sólo ataca a los hombres, volviéndolos taciturnos. Y así, pendejadas similares llenaron mis horas aquel fin de semana.

Desde hacía tres meses con siete días no había tenido la necesidad de rodearme de gente. Pero en este *lapsus brutus* tuve que ceder. Alguna vez –yo era un niño– una catequista me dijo que era una ofensa contra Dios el hacer un hueco en la tierra como el que yo hacía para enterrar mis remordimientos y pecados secretos, mis pequeños crímenes de niño, sobre todo si el hueco debía ser grande para que cupieran todos. Aquel fin de semana hice de mis amigos un hueco en la tierra y a cada uno los fui citando para decirles que estaba enamorado, y que no había remedio ni ganas de convalecer, que las cosas estaban donde tenían que estar, aunque estuvieran ardiendo.

Naturalmente, ellos me miraron como si tuvieran entre sus manos a un gato de dos semanas de nacido. Yo creía que ahora todo lo que hiciera durante el *lapsus brutus* era heroico. Esa noche me bebí trece marcas distintas de cerveza y regresé a casa, no del todo borracho, con la voluntad de los bebedores que tienen que levantarse temprano al día siguiente. Cuando desperté, recordé claramente lo que había soñado, pero ese sueño se ha perdido en las bolsas de mis pantalones o anda rodando en pedazos como la piel que se nos cae todos los días.

Aquel mediodía en tu piso te cubría particularmente esa cosita que tienen las personas que nos vuelven cursis, y a las que ni siquiera les atraemos. El ceviche me supo agrio, a pesar de haberlo exprimido como se debe y de haberle adherido unos trozos de mango, para que

no hubiera pretexto. Todo lo demás es una historia que ya conoces, ligera y abierta, sin mayor importancia, como a ti te gustan.

Na zdravy!

Jacobo Lara

La chica de la barra tenía los ojos de pedacitos de nuez dentro de una pequeña taza de té, llena de miel. Yo tenía un vaso de Pilsner en la mano y estaba a punto de tomarle un trago. En el bar no cabía más humo. Junto a la ventana, en un sillón para dos, bebía una mujer con su esposo. Ambos mayores de sesenta, seguramente. Cruzando la barra, al otro lado del pequeño lugar en el que ahora bebía, una pobre dama en minifalda coqueteaba en checo a cualquiera que se sentara junto a ella, o incluso a mí, que estaba lejos de todo, pensando en volver a mi país.

Ya había paseado varias veces por los lugares que me había impuesto y que, estando en Praga, era una tontería no visitar. Me sentía cansado. El humo del tabaco de cada bar no ayudaba mucho a tranquilizarme y yo mismo no dejaba de encender un cigarro tras otro, entre vaso y vaso. Afuera el suelo estaba blanco y nevaba ligeramente. No sé qué hora era, pero estaba oscuro y ya no se escuchaba el crujido metálico del tranvía, que pasaba muy cerca.

Me quedaban dos tragos en el vaso de Pilsner cuando la chica de la barra me sirvió otro. La puerta se abrió y vi que entraron dos checos. El más flaco pidió dos cafés y el otro hizo una broma que no entendí, pero que debió ser buena porque hasta la mujer que pasaba los sesenta se rió. Su marido cavilaba en un vodka, a punto de dormirse.

Dos cafés y luego otros dos. Luego dos chatos de un licor que no supe qué era. Me dio la impresión de que los tipos salían de trabajar de una oficina y llegaban a desquitar el sueldo. El café de Praga es intenso y te muele las tripas. Tan barato que vale la pena pagar porque te sirvan uno, con ánimo de que pase algo, de que alguien se ponga histérico al menos y salga de esa dureza con la que caminan por sus calles.

Esa noche no llevaba mi cámara. Hacía una semana, en un par de ocasiones, había ido a ese mismo bar —el bar Gorky— y juntado algunas fotos que después revisaría. Por esos tiempos me había atrapado la moda de fotografiar lo sórdido, cosa fácil hoy en día. Como he dicho, ya estaba cansado y sólo quería recargarme en el incómodo banco frente a la banca y beber cerveza. Necesitaba descansar y en casa estaba mi casera incómoda, que había interpretado mal las cosas los primeros tres días de mi estancia y ahora sólo me hablaba lo estrictamente necesario, imprimiéndole un peso tenso a todo el piso, buscando que me fuera lo antes posible. Como yo había pagado veinte noches de alojamiento, prefería soportarla dos horas, más o menos desde las dos de la tarde, cuando me levantaba de la cama, que huir de ahí sin que se me regresara el dinero de las noches restantes. Era poco el tiempo que pasaba despierto en el piso, y ya que ella lo hacía sentir más prolongado, yo intentaba llegar a casa cuando no soportaba más y supiera que justo al caer en la cama me quedaría dormido.

Se llamaba Violka. Tenía cuarentaiún años encantadores y llenos de carácter.

Al contrario de lo que esperaba, no me había ido bien con las mujeres en la ciudad.

Frecuenté bares, me acerqué a algunas, logrando contactos insípidos. Me convencí de que para entrar en una de sus historias debía pasar más tiempo ahí, vivir una temporada y tal vez así conocer la nueva Bohemia desde dentro, desde los hábitos y el drama. Por lo pronto no sucedía así. Me resigné a los bares, esperando. Quería involucrarme en un pequeña trama. Al no ver claras las cosas tuve que hacer lo que en ese tiempo me parecía jugar sucio. Fui a una casa de citas, levantada en la cima de una cuesta desde donde se veía la estación central de trenes, el museo y la plaza de Wenseslao. La casa era literalmente una casa de muñecas. Podía ver las luces encendidas a través de las cortinas, en un segundo piso de madera.

De la noche en la casa de muñecas recuerdo que llovía. Tenía apuntada la dirección en mi libreta de bolsillo con su número de edificio y la letra de la puerta por la que debía entrar tarde o temprano. Al tocar el timbre nadie contestó del otro lado del comunicador. Me quedé afuera, en la acera de enfrente, fumando con mi cámara al cuello. Después de cada cigarro volvía a acercarme al comunicador; seguían sin contestar. Se hacía tarde, aunque al fin no tenía nada que hacer y sólo quería estar recostado ahí dentro, hablando un inglés lleno de huecos e intentando hacer algo que se pareciera a hacer el amor. Al ver dos autos estacionados frente a la casa, pensé que sus dueños debían estar acalorados en ese momento, blancos, con canas en el pecho, pagando caprichos. Seguramente eran empleados de algún ministerio de cultura, ingleses o belgas, y le

llevaban cajas de chocolates y collaritos a quienes habían conocido las vacaciones anteriores.

Tal vez los ministros de cultura habían pagado horas para estar ahí dentro. Supuse que, en ese caso, debía darles tiempo, buscar un bar, tomarme una o dos cervezas, nada más, y volver. A tres cuadras entré al bar de un paquistaní, me tomé tres cervezas tranquilamente y me fui de ahí. Cuando regresé a la casa de muñecas vi que se abría el portón de rejas y salía una mujer de pantalón blanco, con una chamarra blanca y acolchada. Me acerqué rápido, con el cabello empapado por la lluvia que no dejaba de caer, diminuta y molesta. No sé por qué le pregunté si se hallaba Álex en casa. Yo no conocía a ninguna de ellas, pero pregunté por Álex y acerté.

—Álex acaba de irse —me dijo, con su acento—. Ya se fueron todas. Quedo yo, y voy de salida.

—Tengo tiempo esperando a Álex y me voy mañana por la mañana —mentí—. Vamos tú y yo.

Entramos y subimos una escalera corta. Ella llevaba un bolso negro de cuero, con una letra dorada y metálica en el centro; tacones bajos, nada de esa prostitución ostentosa que ataca justo a lo más lascivo de quienes preguntan una idiotez a las que esperan de pie en la calle. Cuando entramos a la habitación, me dijo: «siempre es con condón, excepto si te chupo, puedes pagar por sin condón, venir en la boca, dedo en culo, sumisión, anal —a estas alturas yo comenzaba a réirme—, beso en la boca...». Se contaba los dedos de la mano mientras decía cada una de las ofertas, con su precio. Siguió

enumerando cosas que ya no me interesaron porque implicaban que yo fuera con una pareja, que era justo lo que no tenía.

Le pagué cuatrocientas coronas extra para que me dejara tomarle fotos. Dentro de la habitación la casa seguía siendo una casa de muñecas. Dentro de sus ojos había algo hondo y verde, y detrás de ellos pura neblina.

Pero ahora, días después, me encontraba en el bar Goriky y ya no podía gastar el dinero que me quedaba en lujos como aquél. En el sofá para dos, la mujer de sesenta estaba rendida, con el lado izquierdo de la cara aplastado contra la mesita de enfrente. El esposo, borracho y lleno de energía, con otro vodka en la mano, cantando lo que pude notar era un clásico que los hombres de la oficina trataban de cantar también, pero no paraban de reír. Se tomaban en serio la bebida. Me llamaron para sentarme con ellos y me invitaron un chato del licor que bebían. Lo tomé de un solo trago y pidieron otros tres. Hablaban casi quince palabras en inglés, así que la chica de la barra hacía de intérprete cuando la dejaba un cliente que había llegado hacía veinte minutos y que no paraba de fumar, apoyado en la barra con la cara gris.

No es que los chicos de la oficina y yo no tuviéramos nada que decirnos, pero nos hizo poca falta la intérprete, pues ya nos carcajeábamos del puro efecto del alcohol. Después de un rato, mis acompañantes me dieron un último abrazo. El más flaco sacó un billete y lo puso en la barra. La chica lo tomó y me quedé solo. Al bar había entrado más gente sin que me diera cuenta. Formaban una

perfecta fotografía, mientras me lamentaba por no haber llevado mi cámara. Estaba muy borracho y alegre, mi habitación quedaba sólo a tres cuadras de ahí, podía aguantar un poco más dentro del bar y después caer rendido en mi cama.

Casi por mera fórmula invité a la chica de la barra al cine. Me dijo que gracias, pero que era casada. Agaché la cara sobre un nuevo vaso de cerveza y la olí, antes de un trago largo. Estaba mareado por la bebida y atormentado por el humo del bar, pero contento, dentro de todo. Me sentía libre y solo. Miré hacia el otro extremo y la mujer en minifalda estaba con dos viejos que le compartían bebidas cargadas de azúcar, mientras le tocaban las piernas o, apenas, la espalda baja. Me levanté y fui al baño.

Al volver me acerqué al cliente de la cara gris, intentando hacer conversación. Quizá mi aspecto era desagradable, aunque no peor que el de cualquier otro que estuviera ahí, emborrachándose o descansando de una borrachera de hacía horas. Recuerdo que le pregunté algo sobre el Gólem o sobre Judá León. Volteó a verme con una cara de desprecio y dolor.

—Estamos en el distrito 10 de Praga —me dijo—. Si quieres saber sobre esa mierda ve a las orillas del río, a Staré Mesto u otra porquería. Aquí esa ciudad no existe.

En ese momento se abrió la puerta de un golpe y entró un sujeto alto, grueso, de ojos azules, casi transparentes, con un perro enorme y café, contundente como el escritorio de un director de banco. Justo cuando los vio, la chica de la barra salió de su recinto de envases cristalinos y abrazó con gusto a Leoswald, después se agachó para

acariciar al perro; éste no parecía haber generado mayor admiración entre los que bebían en el lugar; a mí me preocupó una amenaza como ésa entre nosotros, tan grande en un sitio tan pequeño. Leoswald, después de cambiar tres frases con la chica, se sentó donde yo estaba hacía un rato y me dirigí al sillón empotrado en la pared, donde estaba, ya acompañada sólo de un viejo somnoliento, casi anulado, la pobre mujer de la minifalda.

A ésta sí que no fue difícil sacarle una sonrisa, echada a perder por una coquetería forzada que hasta a mí me dolía. A los pocos minutos yo tenía una mano en su pierna, el viejo se había quedado dormido y la chica de la barra entendió que automáticamente debía llevarnos dos vermut. No me gusta nada el vermut. Pedí una cerveza y la mujer se quedó con las dos copas. Ella bebía poco. Yo veía al gran perro acostado junto a las botas de montaña de su amo, que hablaba rápidamente con la chica de la barra. Reconocí que ya no me hallaba tan contento. Ni el vermut ni la mujer a la que manoseaba me gustaban en lo absoluto. Pero habría que hacer algo esa noche, así que la invité a mi habitación. Ella no hablaba inglés ni español y yo, por supuesto, no hablo checo. Si hubiese aceptado ir conmigo a la habitación le habría tomado unas buenas fotografías. Me contó cosas que no entendí. Me acerqué a la barra y la chica me dijo que la mujer estaba esperando a alguien. De seguro había un escándalo de diversos tronidos y conversaciones estridentes, pero sólo escuchaba el uniforme ruido de cuando estoy muy ebrio. Ebrio y pesado. Quería vomitar.

–Deja de tocar así a mi novia –me dijo un tipo joven que apareció de la nada. «Sí, –pensé– tu novia de cincuenta años, con los dientes podridos, dejando que le agarren las nalgas por un chorrillo de vermut en un barrio, a las cuatro de la mañana».

Pero no dije eso.

–No te preocupes. ¿Así te parece mejor?– Metí mi mano entre la minifalda, por enfrente, brusco, ni siquiera obsceno. La chica cerró las piernas fuerte y yo quité mi mano.

–¿Así? –le dije al tipo, que ya estaba muy pegado a mí y a punto de golpearme. El ruido del bar cambió de textura. Escuché zumbidos de zetas apretujadas con haches, kas, eles, ces, erres, tildes curvadas o como cuñas picando la cabeza de algunas vocales o sobre algunas eses. Y de pronto algo más llano como una ene junto a una a.

–*Na zdavy!* –brindó desde su asiento Leoswald, mirando hacia nosotros.

–*Na zdavy!* –dije yo, y alcé mi vaso. El joven a punto de golpearme se separó medio paso de mí, mirándome desde arriba.

–*Na zdavy!* –dijo la mujer. El novio tomó, titubeando, uno de los vermut y lo chocó con mi vaso de cerveza.

–*Na zdavy* –dijo al fin.

Pasado un tiempo entramos en confianza, yo, Timo –el novio de Mária, la de minifalda– y Leoswald, que se unió a nosotros en el sillón empotrado. Mária le dio un beso al viejo que apenas podía abrir los ojos y le tomó la mano para que le apretara una teta; querían burlarse de él pero no hallaban cómo. Timo interfirió, con una risa, y tomó él

mismo la mano del viejo para aplastarla contra la teta de Mária. «Así, apriétala así», dijo, pero el viejo no podía sostener ni un encendedor. Yo hablaba con Leoswald. Deteníamos nuestra plática para brindar una vez, y luego otra. El bar Gorky nunca cierra, y en esas fechas es difícil ver el sol en Praga, así que estábamos como evadidos del tiempo. Vomité en el baño, discretamente, y eso me bajó lo borracho, pero después de tres vasos recuperé el ritmo.

–Es un tosa inu –dijo Leoswald, refiriéndose a su perro–. Es una raza japonesa, que surge de la cruce del gran danés, del bulldog, del San Bernardo y el mastín. Nunca lo haría pelear para ganar dinero pero lo he visto herir a perros grandes como él.

Le encantaban los perros. En toda la noche no dejó de hablar de perros y de armas.

–Entiendo lo que hiciste hace rato –me dijo.

–¿Qué cosa? –pregunté.

–Con Timo. Preferiste arriesgarte con una estupidez con Mária, que irte. Por eso no te golpeó al momento. No es de los que se cagan. Yo creo que no le aguantarías ni un round. No me debes nada. Era una tontería.

–No te debo nada –dije. Su perro estaba con nosotros. Le acaricé la cabeza, que era una roca, luego el cuello y sentí su pellejo poderoso y tibio, que colgaba.

–Tiene un chip –dijo Leoswald–. Si se pierde o me lo roban, lo localizo. ¿Tú crees que un perro como éste es tan imbécil como para dejarse robar?

–Nos vamos de aquí –nos dijo Timo. Mária se levantó del sillón como pudo y se despidió. Alguien tenía que haberse llevado al viejo desde hacía horas. Le dijeron algo más a Leoswald. La chica de la barra, cansada y hastiada. Mária y Timo pagaron algo. El cliente de la cara gris saludó a Mária con un movimiento de cabeza. Leoswald me hablaba de por qué era mejor un AR-15 que un Kalashnikov. Comenzaba a verse muy borracho, pero sus ganas de hablar lo mantenían consciente. Yo me sentía inflado y lento.

Ya no resistía más humo de cigarro.

–Quiero salir de aquí –le dije a Leoswald. Él metió la mano en un bolsillo interior de su chamarra y sacó una bolsa de mariguana. La puso en la mesa. La abrí y la olí. De mala calidad, sin aroma y fea, cosa que no importaba con tanto alcohol en el cuerpo.

–Vamos al piso en el que me quedo –le dije–. Está cerca. Pero tranquilo porque mi casera está dormida. Que no ladre tu perro.

Nevaba. Ver caminar a ese perrote en la noche y la luz de los faroles a través de la nieve que caía me hicieron sentir bien.

–Esta yerba es de mi cultivo –comenzó Leoswald. Entraríamos al piso, fumaríamos un rato y adiós.

–No sólo es por eso. También es por comodidad –dijo Leoswald, minutos después, en alguna parte de camino a casa–. El AR-15 es más pequeño. Imagina, su primera versión no pesaba más de tres kilos.

Se oían las uñas del perro rosando los escalones. Hablamos en voz muy baja. Abrí la puerta y entramos. Luego la puerta de mi cuarto.

Esperé a que pasaran mis invitados y la cerré despacio. Encendí la luz y agarré la cámara fotográfica y les tomé una foto. Era un perro hermoso. Se veía orgulloso, babeando junto a las botas de su amo.

Leoswald puso la bolsa sobre el escritorio. Él en la silla y yo en la orilla de la cama con ganas de fumar ya.

–Ten cuidado con esas fotos –dijo–. No sabes cuándo van a querer atraparte.

–No creo que sean comprometedoras unas fotos de un perro como el tuyo.

Les tomé otra foto juntos, como si hubiesen salido de cacería. No teníamos cerveza pero el cigarro ya estaba. Leoswald le dio fuego y me lo pasó. Él, ya más puesto, alzó la voz intercalando el inglés con el checo. Supuse que era el momento en que se juntaban todas las cervezas y el licor que se había bebido esa noche, combinadas ahora con la mariguana, y atacaban con un solo golpe definitivo, derribando cualquier indicio de autocontrol. Yo, al contrario, me animé un poco con la yerba, aunque sabía que ese efecto no duraría mucho. Tenía que estar solo cuando llegara ese cansancio de la mariguana que te desconecta e inutiliza, para dormir tranquilo. Dijimos unas cuantas cosas más y nos fumamos otro.

A Leoswald el bajón le llegó casi de inmediato. Al cabo de un rato, muy breve, ya no hilaba bien las frases. Babeó y se limpió la boca con la muñeca de la chamarra. Dijo algo después, en checo y balbuceando. Me veía raro. O no veía nada. Se rió con un sonido y una mueca tan desagradable que tuve lástima de él. Dijo algo en voz

muy alta y sentí que lo hacía a propósito. También pensé en las pastillas que se pudo haber comido para estar en ese estado estúpido.

–No hables tan fuerte –le dije, pero sabía que ya no estábamos dialogando. Volvió a decir la frase, casi de un grito.

–Cállate ya –le dije. Escuché que Violka me llamó. Salí del cuarto y me la encontré de pie junto a la puerta del suyo. A su cuarto y al mío apenas los separaba un trozo de piso.

–¡Quiero a este tipo fuera de mi casa ahora mismo!

–Ya se iba –le dije.

Cuando regresé, Leoswald se levantó y caminó hacia la puerta. El perro lo siguió. Volvió a decir algo en checo. Lo acompañé a las escaleras. Quería acompañarlo hasta la salida del edificio, pero se apresuró a bajar.

Sentí un alivio por deshacerme de él. Violka me estaba esperando pero tenía bastante claro que lo que debía hacer era entrar al cuarto intentando no escucharla. Había zurrapas de mariguana en el escritorio pero no estaba mi cámara. Leoswald se había llevado mi cámara. Me di la vuelta y crucé el piso mientras Violka hablaba enfurecida.

Escuché abrir y cerrarse la puerta del edificio. Sentí miedo, luego enojo. Bajé los escalones corriendo. Abrí la entrada y me pegó la noche en la cara. Volteé a un lado y nada; al otro y nada. La calle del edificio, por un lado, salía a un corredor más ancho, por donde pasaba el tranvía; por el otro, llegaba a una barda alta y luego daba vuelta a la derecha. Allí estaban el perro y Leoswald justo dando vuelta. Corrí tras ellos. Mientras avanzaba pensé en qué hacer cuando

los tuviera cerca. Si llegaba a la esquina y no los veía mi persecución no tendría sentido, intentando hallarlos en cualquier parte, sin saber dónde buscar. Pero no fue así. Al llegar a la esquina, los vi avanzando por la banqueta, caminando como si no los estuviera persiguiendo. Ya me llevaban menos ventaja, a unos veinte metros de mí, cerca de un contenedor de basura. Yo seguía corriendo cuando el perro me vio y comenzó a ladrar. Tenía un ladrido sofocado de perro con gran hocico. Leoswald tenía mi cámara en la mano, como cargando una piedra y no un aparato. Me miró con su cara destruida. Seguí corriendo sin que me importara el puto perro y con la fuerza que llevaba estrellé a Leoswald contra el contenedor de basura.

Fue un golpe fuerte contra el hierro del contenedor, rebosante de bolsas de plástico. El golpe que acababa de dar fue una sacudida de los vasos que había bebido. Leoswald intentó levantarse, maldiciendo mientras su perro abrió el hocico y mordió mi pantorrilla. Pegué un grito. En ninguna ventana se encendió una luz. Me tambaleé. Leoswald se incorporó del todo. Recogió la cámara del suelo y trató de estrellármela en la cara pero alcancé a cubrirme con el brazo. Sentí cómo se quebró algo en la cámara, que de nuevo cayó. Yo me quejaba de la herida y Leoswald como un sonámbulo con suficiente fuerza para tomar una botella de cerveza de la basura. Pensé en la tontería de haberlo perseguido y en decirle, ahora, que se quedara con la cámara. Pensé en perder la mitad de mi cara por una cámara. Era sólo una cámara, mi cámara, claro, pero la regalaría si me sacaran de esa calle y me llevaran con Violka a soportar sus gritos. Hacía apenas veinte minutos estaba en mi habitación y ahora estaba en problemas.

Este tipo no estaba bien de la cabeza. Pensé que un AR-15 pesaba menos de tres kilos y era mejor que un Kalashnikov. Todo fugaz, menos el miedo.

Intentó estrellarme la botella en la cara y otra vez me cubrí con el brazo. Sonó el cristal al romperse. Leoswald se había cortado la mano y veía su sangre sorprendido. No podía quitarme al perro de encima y sabía que si me desmayaba del dolor sería lo mismo que morir, o algo parecido. Hice un esfuerzo y me agaché como pude para alcanzar el gollete de la botella quebrada. En cuanto lo tuve en mi mano lo apreté con fuerza y lancé un golpe hacia arriba. Sentí cómo se hundió el vidrio en el cuello de ese loco, que se llevó la mano ensangrentada a la herida. Se recargó contra el contenedor de basura y en segundos estaba sentado en la nieve. El perro dejó de sacudir su hocico en mi pantorrilla y fue con su amo. Sentí la felicidad cuando el perro me soltó. Vi nieve roja. Me sangraba la pantorrilla y la mano, pero lo de Leoswald era otra cosa. Comencé a largarme de ahí sin la cámara. Seguía estando asustado, ahora por otras razones. Cojeaba pero no debía detenerme. Faltaba poco. Imaginé las cárceles de Praga. No quise voltear, tenía que seguir huyendo. Como pude, llegué hasta mi cuarto. Escuché a Violka levantarse de la cama. En realidad debía ser muy buena hora para levantarse de la cama. Abrí la maleta, saqué un pantalón y una camisa y me cambié de ropa. Guardé mi pasaporte. Caían chorritos de sangre al piso. Violka golpeó la puerta y gritó histérica. Tomé una calceta y me hice un nudo en la pantorrilla. La cortada de mi mano la envolví en un trapo y salí de ahí. Cuando

Violka me vio casi se desmaya. Después de todo se quedó con el dinero de mis noches restantes.

Las nubes ya estaban más claras que hacía una hora, sin sol. Podrían ser las siete de la mañana. Había que alejarme lo más posible de Leoswald o de su cuerpo, así que vagué por un par de cuadras hasta que hallé un taxi. El conductor sólo me preguntó por la dirección. Debí haber estado pálido, me quemaba el dolor. La cortada en mi mano ya no sangraba. Bajé el vidrio de la ventana y arrojé el trapo empapado. Íbamos a la estación de trenes. Tomaría el tren a Brno y en cuanto pudiera regresaría a mi país. No cometería el error de ir directo al aeropuerto con esas heridas. Actuaría como un verdadero turista en Brno y visitaría la catedral de San Pedro y San Pablo. Además, no era un hecho que Leoswald estuviera muerto, y entonces no tendrían por qué perseguirme ni acusarme. De cualquier forma podría contarles la verdad y decirles que huí por puro pánico. Soy de la clase de fotógrafos que no les gusta ser retratados, así que no había una foto mía en la cámara, si es que alguien se molestaba en revisarla. Durante los próximos días leería los periódicos, hasta darme cuenta que nadie había sido asesinado en Praga esa semana. Violka podría delatarme, pero por el trato que tuvimos apenas sabía mi nombre. Debía tranquilizarme, todo estaría bien. Para cuando organizaran la búsqueda yo ya estaría lejos. No pasaba nada. No pasaba nada. Todo estaba bien. No había sido una mala noche y no había matado a un hombre.

Tres cortos

Octavio Escalante

Es fama que a sus ochenta y cinco años don Ramón metía las manos en una caja de zapatos y te llenaba un papel para tortillas con colas de mota, encorvado sobre sí mismo como un envejecido signo de interrogación. Alguna vez me advirtió, a través de sus ojos a punto de la ceguera, que a la raza brava de su calle no había «cosa que le picara más el culo que los soplones culeros». El viejo entraba y salía del CERESO en intervalos de seis meses o un año, con una cansada indiferencia, permitiéndole su retrato al periódico del gobierno que nos podría tomar una foto a ti y a mí por una ridícula chora o un veinte.

Cuando don Ramón estaba encerrado, su hijo, apenas veinte años menor que él, nos vendía los gallos de su padre con mucha menor generosidad, pero no por eso dejábamos de visitar los tambaleantes cartones de su casa. Don Ramón es una de esas cosas que La Paz apenas y se da cuenta que ha ido perdiendo; es como el aguaje de mi nana en el Santuario, en el que recogía hasta la última corcholata antes de que llegaran los judiciales; es como el muelle abandonado del Hotel Baja, que justificaba las pinteadas de la secundaria y reunía a los chemos del Manglito.

Me es imposible hablar con naturalidad sobre lo que ha perdido La Paz anteriormente, pero mi nostalgia aun alcanza a ver un Parque Cuauhtémoc lleno de patinadores, perfilado por un atardecer sin

ruinas para ricos en el Mogote; o un cine Versailles que me parecía una caja de música, lleno de los malandros del Panteón que siempre estaban y nunca veían películas. Espero que siga quedando espacio en mi ciudad para otros don Ramones y para los minotauros con cabeza de mujer y cuerpo de mujer que rondan el corredor de la 16 de Septiembre, mientras los Teseos salen cayéndose del bar Rodeo o de la Luna Bruja, asqueados de sus Ariadnas que los enredaron con engañosas ternuras.

Veo detenerse el auto del *dealer* frente a la Clínica 34, después de cuarenta minutos de espera, para que me venda una mota cacique y fea por doscientos pesos, y extraño la ceguera dadivosa de don Ramón y la artesanía de doña Marta, que a veces envolvía los gallos en revistas porno y nos hacía sentir un poco menos clientes que estos Jettas y estos números telefónicos que ya me tienen hasta la madre.

Sé que en una de las calles espantosas de la colonia Revolución, que colindan con el Hospital Salvatierra, existe una casa a medio hacer cuya ventana principal es una lámina con un signo de peso, pintado a lo bruto, junto a una astillosa puerta de madera. Vive ahí una vieja muy gorda y muy alta, que ha durado muchos años con un cabestrillo atado al brazo izquierdo, envuelto en vendas sucias. Cuando los Oxxo detienen su venta de alcohol y los Modelorama apagan sus luces, la monstruosidad femenina que arrastra su pierna derecha con un ritmo que da pena y risa, vende ballenas a cualquier hora, incondicionalmente, en la humedad de los huracanes o en la resequedad insensata de la ley seca. Se acerca a la lámina, donde hay

un orificio, y sin dejar de maldecir su vida te pregunta cuántas ballenas quieres, y se emputa si le dices que son menos de cinco míseros mamíferos. Pero, a fin de cuentas, saca la obesidad de su mano sin rostro por ese agujero, recoge su pan de cada madrugada, luego tus envases, y te regala unas horas más de peda con las ballenas más heladas que puedas encontrar en este calor paceño.

No encuentro mis lugares predilectos en la guía de turistas. No encuentro la calle Garambullo, donde policías pescan peces flacos hasta el tuétano y negocian con ladrones tratos justos. Donde la gente se conoce desde el nacimiento y conocen el pasado de los hermanos mayores y de los padres y brotan los niños con destinos que parecen recuerdos. No veo en este manual de vacacionista una esquina donde el insomnio deja de sentirse solo, ni el cuarto de ese hotel donde no nos volvimos a ver. Debieron incluir la capilla del cerro frente a la UABCS, donde tres buscadores se comieron un Trinity y se sintieron sabios durante ocho horas, hasta que descendieron y las casas volvieron a crecer junto a ellos. En el Valle Verde una mujer te hace pensar que son el uno para el otro y que el amor existe, hasta que se acaban los minutos del privado y regresas a tu asiento más caliente que antes. Cuando vas al baño en el bar Misión una pared gigante imita al alba, y una vagabunda sin dientes juega al billar contigo. Habría que incluir a un viejo bailando con una doña en minifalda, mientras los excesos de maquillaje te coquetean gratis en La Voladora, y llegan los del centro de rehabilitación a tomarse unas medias con lo que juntaron de monedas ese día. Falta el corredor de

clásicos grecolatinos en la biblioteca de la uni, donde tus besos opacan las palabras; y los arbustos donde quedé dormido después de escapar de los chotas por haber grafiteado un casino. Faltan las camas mitológicas que imagino en casa de doña Vicky, el recuerdo casi invisible del Tabaris hace doce años y la azotea de la mercería Armenta, desde donde se puede ver al mismo tiempo el kiosco del Jardín Velasco, la Catedral y los vómitos inagotables de Las Varitas. Falta el final de Vista Choral, donde fumas viendo el mar de pangas en la noche y el hornazo llega hasta los restaurantes. Faltan muchas cosas que no deseo ni podré enumerar, y que me alegra que no quepan en un tríptico para gringos; falta el *Ánima del basurero*, que es un fantasma que hemos construido con plegarias y cartas; o el *Zacatal*, donde uno encuentra más almas que gente y una tranquilidad hostil nos inquieta.

Apuntes perrunos, III

Erika Amador Murillo

Cuando yo era niño casi todos los amigos de mi calle tenían de mascota a un perro. Esto se daba de manera natural, porque los perros callejeros abundaban y era muy sencillo hacerse de uno como compañero. Las perras, que eran varias siempre, daban a luz a muchos cachorros, revisados a su vez por muchos niños y éstos, a su vez, se los mostraban a sus padres, quienes decían que sí a los ruegos de adopción, en un tiempo en que las calles de mi barrio eran terracería y por todos lados había monte. Era deseable y necesario tener un perrito en casa. Perrito que crecería y que desde el inicio de su vida doméstica disfrutaría de una libertad casi idéntica a la que tenía como perro callejero, con la diferencia de que ahora tendría la comida segura y habría que cumplir con la lealtad hacia los amos, que básicamente se trataba de cuidar la casa –sólo de noche– y ser lo más simpático posible.

Estos perros peleaban de vez en cuando entre sí, a instancias de sus amos –niños de ocho a doce años. Se armaban aquellos circos de pelea por el gusto de ver a sus mascotas dando una buena batalla, aunque no la ganaran. Había entre todos esos perros callejeros tantos gestos de perros de raza. Aquél parecía pitbull, pero estaba cruzado con un husky, que tenía un tanto la forma de galgo o bulldog francés; el otro tenía la figura de un bóxer, pero con pelos de labrador, aunque demasiado curtidos para ser de un verdadero labrador y por encima

algo de pug se veía en su cara. Nunca vi de niño un perro de raza pura. Eran todos el resultado de una proliferación natural y descuidada, guiada por la sabiduría del instinto canino y el descontrol humano.

Había épocas en que la población canina explotaba, cosa que de por sí no era un problema, de no ser porque se llenaba, en cierta etapa exageradamente calurosa del año, de garrapatas y pulgas y las paredes de las casas se pintaban como de caminitos de hormiga, que en verdad eran aquellos insectos, bolitas pequeñas o a punto de reventar, colmadas de sangre de perro. No se podía adoptar a todos, e incluso los adoptados ya estaban indefensos, sitiados e infestados por las garrapatas, que se enganchaban a sus cuerpos y se inflaban como lagañas en los ojos. Eran tantas las garrapatas, que los perros caminaban tambaleándose de débiles y terminaban enfermándose de algún virus del que hubiesen podido defenderse de no ser por los parásitos.

En esos días las peleas disminuían considerablemente. Y ya que nuestra relación no giraba en torno a esas peleas, nos dolían otros aspectos provocados por el mal de las pulgas, como que ya no podíamos jugar con ellos correteando hasta el monte o ya no nos seguían como en épocas saludables cuando reuníamos caravanas de bicicletas y hacíamos pistas con rampas en la tierra cubierta de hierbas. Era un espectáculo miserable el verlos moribundos, lentos sobre sus cuatro patas o echados en el suelo esperando morir, y a las garrapatas sobre ellos disfrutando de la mejor salud que tendrían en todo el año, rechonchas y brillantes encajadas en la carne y chupando

hasta tronar. Cuando se llegaba al punto en el que sólo había un par de perros que se salvaban de las pulgas –perros encerrados en sus casas y constantemente bañados con jabones apestosos– los adultos de ese entonces procedían a la aniquilación de la manada callejera, a través de uno o dos agentes que se encargarían de envenenarlos con finos trozos de carne.

Al día siguiente de esas trágicas noches, el barrio despertaba y se hallaba con los cuerpos sin vida de los animales, en una imagen muy parecida a una multitud de ballenas varadas. Era un acto inevitable. O así lo concebía yo en aquellos tiempos en los que las peleas eran celebradas con placer, y se celebraba igualmente cuando una perra paría diez cachorritos destinados a una vida penosa, aunque con largos episodios de alegría. Ni siquiera nos preguntábamos por nuestra responsabilidad en esos destinos caninos, y hasta el cuento infantil de que un ser perverso los envenenaba, sin pensar que pudieran ser nuestros padres, completaba el paisaje en el que vivíamos sin la eterna duda de que algo está descolocado, de que algo no debe ser como es y hay que cambiarlo.

Para los niños las casas eran más bien un pasillo hacia otro rincón del barrio. Construidas para la privacidad, para la pertenencia, pero una pertenencia tan confianzuda que durante el día se mantenían las puertas abiertas a los pequeños que abundaban poco menos que los perros y que corrían más que ellos, en persecuciones de cachoras, recolección de mangos, inspección de casas abandonadas, análisis somero de plantas raras, alguna que otra excursión más allá de los límites conocidos o la captura de pollos y gallinas.

La vida de gallinas y los pollos estaba marcada por un astro ineludible: la ejecución. Puede que su vida fuera más sencilla que la de los perros, si bien para los gallos la historia era otra. Los gallos vivían para pisar a las gallinas y para pelear, donde a veces morían sangrando por una apuesta. Personalmente, los identificaba como una forma temporal del diablo, una de sus múltiples imágenes. Las gallinas, en cambio, estaban dedicadas a poner huevos y a cuidar de sus pollitos, que eran la cosa más indefensa, a pesar de que los gusanos que se comían parecían más vulnerables. Yo creo que los pollos eran más indefensos que los gusanos porque eran tiernos y visibles y caían en las manos de niños como yo, que querían mantenerlos en sus casas, en una vida mucho más cómoda que la del perro, una especie de pequeño humano eternamente tierno, piando justo al lado de la cama –como si el tiempo no fuese a pasar por ellos.

Una tarde un pollito del vecino escapó por entre la reja del gallinero y cayó en la jardinera de la parra de mi casa. La jardinera estaba llena de agua y el pollito luchó por salir. Sentí curiosidad por sus ganas de vivir, lo tomé con mi mano y lo sumergí en el agua por unos segundos, luego dejé que flotara, vivo aun e intentando salvarse. Vi que podía salir por su propia cuenta así que lo retuve de nuevo. Su ternura no se tradujo en ninguna palabra en ese entonces, sino en una sensación en mi vientre, entre ganas de llorar, de poseerlo y de matarlo. No sé cuánto tiempo estuve con el pollito, mientras nadie me veía, retrasando su muerte totalmente bajo mi control. Se combinaba el placer de hacer el bien a alguien con la soberbia de ser

únicamente tú quien puede hacer ese bien, y que puedes convertir en uno de los peores males, si así lo deseas.

Fue exactamente lo que pasó. Después de no poder soportar aquel «malestar placentero» por lo que estaba experimentando, decidí ahogar al pollito; dejé otra vez que luchara por su vida, sabiendo que ya no tenía oportunidad de sobrevivir. Yo ya había visto otros ojos de muerto, de las gallinas a las que les cortaban la cabeza o les torcían el cuello para hacer caldo. También había visto ojos de perro muerto y de humano, pues una tía había fallecido, pero de eso no recuerdo casi nada.

La inquietud que sentía por los pollos y las gallinas muertas se debía a la similitud de sus ojos con los ojos humanos. Ojos que daban la impresión de guardar un pensamiento. Yo veía en ellos un final resignado, un último guiño de aceptación y humildad, quizá más íntimo y expresivo que la cara de muchos niños con los que peleaba por unas canicas o por unos trompos quequeados. Esa impresión en los ojos del pollito, sumada a la sensación de controlar su destino, con mis manos de niño, debió haber sido parte de lo que me trastornó en esa tarde incomprensible para mí. Cuando se acercó mi madre y vio lo que había hecho, le mentí con miedo y con una perversión diminuta. Le dije cualquier cosa, como que me lo había hallado tal como estaba. No sé si me creyó. Lo enterramos al fondo del patio, ya sin tibieza entre sus plumas, y quedé pensativo durante unos días.

Decidí adoptar un pollito. Tenía ocho años y la adopción de un ave implicaba futuras decepciones que mi madre preveía.

Seguramente suponía, como lo supongo yo ahora, que la naturaleza de un pollito es más pasajera que la de un perro. Que una gallina no muestra un compañerismo y alegría como la del perro, sino más bien, conforme va creciendo, una clase de inconsciencia y automatismo que de verlos en un humano serían indicio de locura. Me permitió tener uno, pequeñito, que batallamos para apartar de su madre. A partir de entonces fui domesticando a una criatura tradicionalmente doméstica. A mi perro lo mantenía alejado del pollo. Eran frecuentes las masacres de perros en contra de pollos. De pronto una mañana aparecían, igual que los perros envenenados, una docena de aves con la cabeza arrancada a mordidas.

Para no dejarlo expuesto durante la noche, lo sometí al vergonzoso recurso del encierro. Me hice de un pequeño gallinero de metal que le colocaba encima como si fuera un sombrero gigante. Tenía su alimento para pollos, pero me gustaba más darle las sobras de nuestra comida y más que nada verlo comer carne. La imagen de su pico arrancando trozos de carne me satisfacía, su soledad me satisfacía y poco a poco fue satisfaciéndome lo que yo creía era una camaradería del pollito, en tanto él se agrandaba y se transformaba de un botoncito de algodón amarillo a una especie de dinosaurio emplumado y cada vez menos parecido a nada que fuese tierno.

En la época de garrapatas, un paisaje de desolación, yo esperaba de las demás criaturas una ración de alegría que no tenían los perros enfermos. Sabía que el tiempo de las pulgas no duraría para siempre, que se apagaría como todos los años y se escondería bajo la tierra esperando salir en la siguiente temporada. Por lo pronto, mi pollito

en crecimiento era una mascota blindada para la plaga, y a pesar de que los niños se burlaban de que lo llevara como mascota, ahí iba conmigo de un sitio a otro, a salvo de las mordidas que ya no lanzaban los perros, desanimados y moribundos.

Yo mismo me hubiese burlado de una mascota pollo. Pasearlo con una dignidad que no le correspondía era suficiente para montar una escena cómica. Le amarré un cordón en una pata y un trocito de pañuelo rojo en el pescuezo. A diferencia de los perros que andaban libremente en sus tiempos saludables, a mi pollo no lo quería dejar a su marcha, estaba convencido de que se perdería y moriría, acabaría en los arbustos o en la tabla de sacrificio de algún vecino. «El pollo de Alejandro» no era todavía un seudónimo tan conocido en la calle de mi casa como para que se respetara su vida.

Era de esperarse que dejara de comer pollo. No obstante, como niño que andaba entre los patios de las casas, seguía viendo los sacrificios de vez en cuando, ya fuera por decisión propia o porque eran tan comunes que el no presenciarlos se convertiría más en una molestia que en un alivio. Caían las pequeñas cabezas fuera de las tablas tras el golpe del cuchillo y el cuerpo soltaba un chorro de sangre que me influía un ánimo al que no estaba dispuesto renunciar. Las cabezas y algunos cueros quedaban para los perros más grandes, que las devoraban sin problema, sin atragantarse, cosa que era la reiteración de una advertencia contra mi pollo, así como la respuesta de por qué era tan fácil envenenar a los perros, que se tragaban casi todo.

Ver a los perros pelear era un entretenimiento. Había varias peleas a la semana, organizadas por los niños o desatadas por los mismos perros que andaban sueltos siendo perros. El malestar de estas peleas surgía cuando las condiciones de uno y otro contrincante eran totalmente desiguales. Como en todo, había unos perros más poderosos y violentos que otros. De vez en cuando un gran perro atacaba a uno de los pequeños y llegué a ver, sin poder hacer algo para evitarlo, cómo se prendía de su cuello hasta matarlo o dejarlo sangrando. Esto provocaba discusiones entre los adultos o nosotros los niños, que terminaban en peleas.

Los niños pasábamos largo tiempo juntos, haciendo excursiones para ir a cortar mangos o andar en bicicleta. Eso no significaba una amistad libre de agresiones, igual de desagradables pero menos sangrientas que las peleas de los animales. Las amistades verdaderas las haría después, siendo un poco mayor. Por entonces, el convivio de quienes nos juntábamos en la calle no estaba determinado por un código de amistad inquebrantable. Nos peleábamos por una frase, para humillar o dejar de ser humillados, sin la prudencia que en términos generales algunos desarrollamos como adultos.

Recuerdo cómo me tiraron al suelo varias veces, sin aire, o cómo otros niños, después de recibir golpes que ya eran una paliza, seguían peleando con un llanto que nos llenaba de gusto a todos. Nos gustaba que explotara una pelea, que las amarras tronaran y se suspendiera una vez más, aunque temporalmente, el mandato de portarnos bien. A diferencia de con los adultos, el duelo en nosotros duraba pocos días; volvíamos a hablarnos sin mayor drama, siempre guardando algo

de resentimiento que usábamos como fuerza para la próxima ocasión. Y ahí estábamos, dos días después, jugando a los trompos, a las canicas o cortando mangos, armando bicicletas de entre los cacharros con cuadros y rines viejos, como si no hubiera pasado nada.

La pelea de dos adultos no era sólo una pasión como la de los niños. La pelea de los adultos degeneraba el ambiente, con una pesadumbre para las familias y toda la calle. Era inevitable que los niños vieran a sus padres pelearse, por más que las madres trataran de apartarlos del asunto. Se hacía un escándalo. Ocurría que, de haber estado tomándose unas cervezas debajo de un árbol, comenzaban a insultarse y los niños aplicábamos toda nuestra atención a las punzadas que se gritaban unos a otros y que en tres o cuatro minutos pasaban a los golpes, botellazos y alguna que otra vez, muy rara, un navajazo. Ver a don Juan, que para nosotros era el señor que nos regalaba almendras, rompiéndole la boca al hijo mayor de doña Gloria, era un espectáculo entre el repudio y la desesperación, pero que sentíamos como algo desmedidamente atractivo y como una necesidad casi biológica el presenciar el pleito hasta que terminara por completo. Después de eso, si la borrachera o el problema no eran sencillos, esperábamos un segundo round, ahora en un ambiente pesado y cargado de nerviosismo, viciado por la primera sesión. La máxima de no humillar al hombre frente a su familia no era un dogma, y por más penosa que fuera la escena y por más repulsión que nos provocara, no estábamos dispuestos a perdérsola.

Era una calle de pura tierra, como ya he dicho, y la sangre, cuando había, se perdía fácilmente. Las heridas, en cambio, seguíamos

viéndolas durante la semana. Sólo un par de veces vi a mi padre con heridas en la cara. Nada desagradables para mí porque había visto cómo le pisaba la cara a don Pancho, el carpintero que nos daba trozos de madera. No lo recuerdo bien, pero debió haberse sentido entre los niños el sinsentido al ver a dos adultos luchando entre sí por cuestiones más o menos igual de pueriles que nuestros asuntos; a pesar de la edad y el rol que jugaban en la vida cotidiana.

Por otra parte, la náusea y la emoción de ver aquel entretenimiento se opacaba con rapidez, pues nos entreteníamos con muchas otras cosas; yo al menos fui dichoso al cazar cachoras y echarlas en mi lonchera, para dárselas de comer a mi pollo. Una de esas cachoras debió haberle provocado la enfermedad que lo mató. Sin encontrarle garrapatas entre las plumas, un día lo noté igual de débil y moribundo que los perros, lo cuidé como pude, mientras mis padres me dejaban jugar al veterinario sin preocuparse realmente por el caso. Había muchos pollos y perros para el futuro y, francamente, aunque mi llanto fue sonoro cuando falleció, escandaloso, a fin de cuentas fue un mero acto de lamentación, un placer que acababa de descubrir en el pequeño mundo de mi barrio, que parecía un sitio quieto y sin movimiento a primera vista pero que, escarbando un poco, se daba uno cuenta de la cantidad de pérdidas y surgimientos que había todos los días, por muy pequeños que fueran los pollitos, los perros, o por muy grandes que parecieran las sensaciones y los cuerpos de los adultos.

Una pérdida que todos considerarían mayor que la de mi pollo ocurrió una tarde que regresamos de visitar a un tío. Cuando llegamos

al barrio la casa de don Jesús (hecha de cartón y barrotes) se estaba quemando, ya más cercana a apagarse por sí sola, casi totalmente consumida. Alrededor de una veintena de vecinos trataban de mostrarse solidarios trayendo agua en cubetas, pero el daño estaba hecho y apagar lo que quedaba de fuego era más bien un punto de partida para comenzar a olvidar la tragedia. El olvido no ocurriría tan rápido, tal vez no ocurrió nunca. Don Jesús, hombre de unos sesenta años, macerado por el alcohol, se había quedado dormido de borracho y sólo lo despertó el humo y el calor de los cartones encendidos de su casa. Pudo haber sido un cigarro o un trozo de leña sin apagar. Lo que haya sido trajo de nuevo el incendio, que no pocas veces se presentaba en los alrededores, entre las hierbas secas o en otras casas. En cuanto pude me acerqué al alboroto y vi cómo Ana y Manuel, los hijos de don Jesús, lo golpeaban en el suelo, llorando, le pisaban la cabeza canosa con un coraje que nunca había visto antes y que concentraba lo que sentí por la muerte de mi pollo y lo que había sentido en casi todas las peleas de adultos y niños. Patearon a su padre con el llanto de a quienes les han matado a un hijo, mientras don Jesús trataba de decir algo en el suelo, también llorando y sin poder hablar de lo borracho y apenado que estaba.

Con los años, tanto las peleas de perros, como de niños y adultos fueron acabando sin darnos cuenta y, por supuesto, para bien de todos. A veces tiene que pasar un chubasco para que salgamos a platicar con el vecino; hablamos sobre el destrozo, el arroyo, la luna, el viento de la noche anterior. Pero a pesar de esa poca convivencia, estamos bien, cada quien con lo suyo. Hemos aprendido algunas

cosas. Algunos vecinos se han ido y otros han llegado sin saber qué escenarios se formaban bajo el poste de la luz, cuál era el antiguo sonido de la calle o qué historias nos inventábamos en el terreno de la casa donde ahora duermen. La calle es casi otra, está a punto de serlo.

Las galerías del vino

Édgar Hiraes

Dos copas de vino, ¡dos copas!, para terminar en La Purísima con una mujer curtida de la calle Rotten. Después de esto ya me puedo considerar un bebedor problemático. Dos copas y a la cama del hotelito, con una Silvia que olía a perfume de dos aromas. No me quejo del hotel al que llegué, ni de la Silvia ambigua, ni de mi parcial amnesia, sino de las dos copas que fueron suficientes para alargar la noche. Me he emborrachado como todos los hombres, y como muchísimos otros me he vuelto materia deplorable en la embriaguez. Pero, ¿dos copas de vino antes de quemarme con el sabor de un bar subterráneo y vomitar en su baño lleno de vellos y humores?

A decir verdad, no sólo con dos copas de vino me empedé y me hice mierda en los rincones del mundo. Lo que pasó es que esas dos copitas me provocaron una comezón tan intensa en el estómago, la lengua y el tercer ojo que tengo abierto en mi frente, que sólo pude aliviarla continuando. No me bastaron dos copitas de la galería de arte, tuve que seguir con mi viaje terminada la exposición, y lo primero que hice saliendo de allí fue ir por una cerveza tamaño familiar al depósito que tenía a la mano, para bebérmela en la calle sintiéndome un buitre entre las ratas domésticas.

La exposición de mi amigo había sido un éxito, los bocadillos relucían en medio de sus cuadros sombríos de sueños y neurosis, y los más copetudos y perfumados conocedores del color se acercaron

para hacerle comentarios y sonreírle, de manera parecida a la actuación o al cortejo forzado por la lujuria. Yo lo veía todo recargado en la pared, junto al cuadro de *El escarabajo de Lucía Rota*, que mi amigo desdeñaba un poco pero que para mí era uno de sus más honestos logros. Me llevaba la copa hasta los labios e imaginaba que el vino me pintaba la boca, y que un aspecto de vampiro, fantasma o viejo recuerdo, era lo que transmitía entre tanta luz y diplomacia. Fue bastante gente a la exposición. Los panecillos rápidamente se terminaron y el vino... el vino era parte de las obras, conectando como un puente las pinturas con los cerebros de los hombres.

Dos horas después yo veía arte en las faldas del bar La Misión, porque los tragos amontonados construyen un puente aun más ancho, que los menos idóneos objetos de arte pasan por genuinos descubrimientos. En la galería había faldas también, y hombres bellos. Hubo uno que parecía un diamante pensativo o una lechuza pequeña que no se da cuenta que está dentro de la jaula. Me acerqué a él. Mi idea era invitarlo a recorrer los mares de la noche, en la barca inestable del alcohol y sus promesas. Pero apenas lo tuve enfrente y nos soltamos unas cuantas palabras, mi prejuicio de crítico lo juzgó insuficiente para el recorrido nocturno. Era un pelmazo disfrazado de Rimbaud.

Después de hablar con él, pasé la mirada por toda la galería y descubrí Baudelaires, Poes, Daríos y hasta algún Alighieri de frágil esqueleto y mirada opaca. Cuando vi a un Nietzsche estacionado

junto a los pedacitos de queso y la crema, decidí irme, también con la panza alegre de panecillos, pero esperando más tragos de uva.

De mi amigo pintor me despedí de un vistazo (somos verdaderos amigos) y salí decidido, con mis dos copitas de vino en la panza y la cabeza, a estrellarme esa noche y una vez más con lo de siempre que no es lo mismo nunca, como dijo el filósofo, y han repetido los lectores y también aquellos otros que nunca han abierto un libro.

Se me cruzan los cables y hacen chispas en este relato briago, pero de alguna manera tengo que curarme esta cruda terrible que me llena el cuerpo de restos de comida y pestes. De alguna manera, aunque me duela la cabeza como duele la vida cuando no existen sueños realizables, tengo que descargar estos pocos recuerdos. Pienso que así, tal vez, por este hechizo defectuoso, me tranquilizaré un poco hasta el regreso del lunes.

Estuve en el bar La Misión platicando con Martina, la cantinera: cosas tan sencillas y entendibles que por un momento pensé en declarar lenguaje universal al lenguaje que se habla en las cantinas. Mi nombre es Víctor. Y esa noche Víctor y Martina no estuvieron de acuerdo en casi nada de lo que se dijeron uno al otro pegados en la barra, pero no se dieron cuenta de ello y charlaron contentos y creyeron estar comunicados y no hay mejor comunicación que el contagio involuntario de la alegría. Así, sin saber quién contagiaba a quién o si la enfermedad de la alegría los embarró a los dos a un mismo tiempo, Martina y Víctor hablaron un buen pedazo de reloj, hasta que Silvia llegó a la barra y le mandó una mirada a Víctor que

era la seña y contraseña para una posible aventura olorosa a loción de bazar.

Si te pasa por la cabeza que Martina pudo haberse puesto celosa a la llegada de Silvia, olvídale. Martina es mi amante fiel e incondicional. Martina, entre sus dos tetas gordas, me guarda serenamente y sin recelo, y yo la guardo en mi pecho huesudo y sin color. Martina es la versión noctámbula, decadente y etílica de mi madre. Silvia, en cambio, no me ha dado más que el gozo seguido de una efímera frustración.

Al principio hablamos en ese tono del borracho que quiere darle un matiz sensual a las palabras; después una carcajada suya tronó y quebró la delgada sábana de hielo que nos separaba. Sentada muy cerca de mí, se acercó aun más con su media cerveza en la mano y revolvió un beso suyo en mi boca, y luego sonrió antes de beber otro trago ancho y eructar levemente.

Si pudieras imaginarte de manera fiel el bar en el que estábamos, verías la noche encerrada en cuatro paredes y a los espectros que la habitan repitiéndose a sí mismos. Si pudieras imaginarte de manera fiel el bar en el que estábamos, verías la podredumbre más sincera recargada en un muro, o jugando billar con los borrachos más cercanos al arquetipo.

Pero no puedes imaginarte de manera fiel el bar en el que estábamos, ni masticar los vidrios que mastican las horas de quienes no quieren escapar de allí para tomarse un café y un pastelito en la plaza de plástico. La oscuridad del bar no depende de un foco

colgado del techo, sino de las sombras de sombras agrupadas en bancos de madera.

–Víctor me va a invitar una cerveza, Martina –dijo Silvia.

El sonido fresco de una cerveza que se destapa es un oasis reducido.

–Y otra para mí –le dije a Martina, que nos las alcanzó para luego ir con el tipo del otro extremo de la barra.

Bebimos, y bebimos, y bebimos, y el estómago se me infló como una embarazada y tuve que ir a parir al baño litro y medio de cerveza y panecitos con atún de la galería de arte, y cuando vi en el escusado toda esa mierda revuelta con mi vómito, el recuerdo de los cuadros de mi amigo pintor fue claro y, según yo, acababa de descubrir la secreta fuente de su inspiración.

El estómago, la cabeza, y esa parte entre los testículos y el culo duelen cuando estás vomitando y ya no pareces tener nada dentro, pero el cuerpo sigue pujando por dar a luz lo último que te queda de cerveza tibia y bilis. A los diecinueve años vomitar en un bar era divertido, ahora, a mi edad, es tan sólo otro óleo pintando el mismo tema.

Saliendo del baño un regordete con la cabeza rapada estilo guacho estaba en el banco junto a Silvia. Me acerqué con el mejor rostro que pude esbozar después de la vomitada y, aunque siempre le he dicho *no a la violencia*, esa fue una de tantas veces en que la violencia me dijo sí a mí, y se enamoró con amor tormentoso y me tumbó de un golpe justo en los incisivos, que por fortuna sólo se aflojaron levemente. El golpe fue como un tomatazo en la boca, la sangre me cayó encima de

la camisa y la barbilla. Martina se acercó para limpiarme con un pañuelo. No sé qué tan fuerte fue el golpe porque era la una de la madrugada y yo comencé a beber desde las nueve menos quince, o sea que tenía más de tres horas y media mareado. El tipo del corte de guacho esperó que reaccionara, pero al ver que no tenía ánimos de seguirle el juego, se dio la vuelta después de escupir las palabras *puta hija de puta en linaje de putas concebida*. Los de las mesas a la orilla rieron un poco y después un golpe fuerte de taco iniciaba un nuevo juego de billar, esparciendo las bolas por la mesa. Algunas cayeron en las troneras y otras, la mayoría, quedaron amontonadas mirándose las caras sobre la tela verde.

Después del golpe, Silvia y yo nos fuimos del bar, recargándonos de vez en vez en agujeros negros donde nos besamos como haciéndonos daño, de manera que una niña habría percibido las caricias humanas como cosa de reptiles.

Llegamos a ese hotel La Purísima. Puedes imaginarme subiendo las escaleras, recargado de mi Silvia, con su boca de pulpa y su falda rayándole los muslos, y sus tacones de tarántula revueltos con mis pasos torpes tratando de no caernos hasta llegar a la habitación y oler la cama.

Esta mujer tenía más brillo de diamante o plumas de lechuza que cualquier Rimbaud de juguete que pudiera haberme encontrado horas antes en la galería. A pesar de que me tambaleaba como un beodo sin remedio, no me sentía tan ebrio y, lo más importante, no me sentía un imbécil. Justo antes de entrar a la habitación le apreté las nalgas como si quisiera destruir dos uvas gigantes con mis manos. Entramos

a la habitación, profundamente lúgubre, con esa cortina gastada movida por el viento que se metía entre la pequeña ventana de estrellas. La cama arrugada siempre, a pesar del servicio de limpieza, y el aparador marcado por cigarrillos de desvelo. Le veía la carita a Silvia y entre su boca apetosa a licor y sus lociones, persistía su tenue olor a hombre. Ella parecía divertirse con mi aspecto. Me recordó a aquella muchacha que en mi muy temprana juventud (vellos finos en mi vientre) solía apapacharme metiendo mi cara entre sus pechos con aire inocente y descuidado.

Vi que Silvia era más bella de lo que parecía en el bar, incluso más que el muchacho pelmazo de la galería. Cuando me quité el pantalón dijo que no quería sexo y que yo no querría tener sexo con ella en realidad. Que yo no sabía nada. Que ella se conformaba con besarnos y tocarnos, y que yo debía conformarme con lo mismo. Dijo que no me agradaría nada de ella. Yo, ya sin ropa, aguardando, y ella diciendo que no sería bueno, que no insistiera. Se notaba en su actitud que con una leve insistencia de mi parte aceptaría gustosa que nos enredáramos en esa cama fea. Cuando insistí, Silvia comenzó a desvestirse casi metódicamente: tenía la mejor figura que yo he visto en una putilla de cantina.

Cuando me di cuenta que sobre su vulva había un pene que muchas personas quisieran tener, al menos entre las manos, una sorpresa me achispó en el rostro y después la dicha de haber encontrado al ser primordial que todo lo contiene. El hermafrodita cósmico escondido tras una minifalda y lociones de bazar. Yo estaba hechizado por su cuerpo de mito y se lo hice saber. ¡Hombre y mujer

a un tiempo en una misma forma; la criatura del banquete platónico en el hotel La Purísima! Cuando Silvia estuvo segura de mi alegría se vistió con una visible molestia. «Ahora ni siquiera vamos a besarnos», fue lo último que dijo, con un gesto parecido al que provoca la decepción o el desencanto. Abrió la puerta y salió de la habitación. Me quedé ido sin saber qué pensar. Para mí estaba claro desde el inicio. Traté de explicarme su reacción. Sentía que de no hallarle un orden algo se quedaría para molestarme durante la semana entrante. Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle. El sonido de distintas orquestas desentonando me daba cierto alivio. La noche seguía su curso de múltiples galerías. Bastaba con mirarlas, como decía mi amigo sobre sus cuadros.

Desempleado

Omar Olachea

No tener trabajo acarrea muchos inconvenientes. El más evidente es la falta de dinero, que es particularmente desastroso a la hora de pagar la renta, el agua, la luz y la comida. En un par de meses la incomodidad del desempleo llega a cundirlo todo. En esta situación, la soltería es el estado civil más favorable; pero aun así uno no escapa de los restantes aspectos negativos que envuelven y transforman lo que hasta entonces era la vida cotidiana. No tener trabajo no significa que se está al margen de cualquier entrada de efectivo. Podemos aparecer como empleados temporales de un tercero no muy bien definido. O que la entrada de dinero se deba a la venta de algún bien, que nos hará ganar un poco de tiempo antes de la fecha límite en la que hay que pagar los deberes ya mencionados.

Estos deberes son una deuda fija, con la que nos mostramos de acuerdo al firmar un contrato de arrendamiento, como ciudadanos que deben pagar impuestos y como organismos vivientes en la necesidad de alimentarse. Cuando llega el desempleo nuestros allegados suelen ser comprensivos, siempre y cuando gocemos de simpatía por su parte o de buena reputación laboral. Actúan cordiales al principio, ofreciéndonos su ayuda (cierta cantidad) que será un aliciente para salir del hueco en el que aun no estamos ahogados, pero al que ya entramos. La búsqueda de empleo en una situación de crisis general debe convertirse en la principal actividad, dominando todas

las demás, por muy agradables o irrenunciables que nos parezcan. De no ser así, nuestra condición pasajera en el hueco del desempleo se modifica rápidamente y corremos el riesgo de caer hasta el fondo.

Los empleos esporádicos o diminutos que pudieran aparecer son, por su misma naturaleza, insuficientes para retomar la antigua condición económica que teníamos como empleados, y no podrán contrarrestar los inconvenientes del desempleo que influyen sobre nosotros con su modo habitual, es decir, llevándonos a la ruina en ámbitos que van más allá de la comodidad del dinero en efectivo. La desconfianza de nuestros allegados es una de las consecuencias más dolorosas. Y aunque ésta puede aparecer después de mucho tiempo, no siempre es así; a veces se nutre desde las primeras semanas y llega a nutrirse tanto que no será fácil borrarla de las memorias.

Más allá de las diferencias provocadas por las formas de producción y estratificación de clases, la voluntad del desempleado y su capacidad de renuncia son fundamentales para salir o sobrellevar el hueco (nuevo estilo de vida) en el que se ha metido. Un desempleado con familia que mantener se convierte en presa tierna y fácil de devorar para todas las desventajas que acarrea el no tener trabajo. En este caso, las virtudes que pudieran reconocer los allegados del desempleado penden de un hilo desde que ha pasado cierto tiempo y no ha hallado trabajo. La confianza en su capacidad de «salir adelante» es al principio fomentada al máximo por los allegados, sobre todo por la familia, precisamente porque es la cualidad cuyo fracaso acarrearía el derrumbamiento de todas las demás cualidades

como ser humano, y de paso afectaría aun más y para siempre el lazo que unía al desempleado con los demás.

Para quien no tiene familia que alimentar, el desarrollo de la desconfianza de quienes lo rodean es más lento, pero llega tarde o temprano en tanto no haga algo por salvarse. Después de cierto tiempo, los allegados no recuperarán de un día para otro el afecto intacto por su compañero, no obstante haya encontrado uno o dos microempleos que durarán algunos días, siempre insuficientes. Cuando el desempleado se hace consciente de esa desconfianza, es porque ya ha pasado el tiempo en el que considera que se debieron hacer las cosas necesarias, aunque sus allegados, sin decirlo, piensen que esas cosas debieron de hacerse desde hace mucho, mucho tiempo atrás. La baja autoestima que nace de ello está amalgamada desafortunadamente con la ociosidad, es decir, la falta de negocio.

En ese estado psíquico el pensamiento es una fruta envenenada, de efectos no siempre mortales pero dolorosos y persistentes. Si es verdad que la ociosidad es la madre de todos los vicios, también es válido decir que sin sus hijos la ociosidad es un vicio por sí misma; un estado civil límite. En ella se dan pensamientos de todo tipo, entre ellos una gran cantidad de reflexión que la civilidad debe desactivar a toda costa para no perder a uno de sus adeptos. Mientras sean controlables esos pensamientos, el desempleado evitará compartirlos con demasiado dramatismo o mostrando rasgos de psicosis, vileza, abyección o cualquier otra actitud que denote debilidad. A este silencio moderado lo considera pertinente para fortalecer su ánimo, aunque en lo privado experimente tormentos con una desesperación

insólita, un ajeteo visceral que lo sorprende y lo preocupa como nunca, pues ni los métodos prácticos ni la reflexión sobre su mal logran calmarlo. En casos alarmantes estos síntomas impiden literalmente la reflexión que intente hacer sobre ellos y sobre cualquier otra cosa.

Cuando persiste la intensidad de esta patología, se requiere un esfuerzo que varía dependiendo del temperamento de cada afectado, en que son recurrentes los intentos de desconexión total de la propia consciencia, de sí mismo y del mundo. Es un episodio en que el desempleado está convencido de que el malestar es capaz de exceder sus capacidades físicas y mentales de defensa y conservación. Intenta huir por cualquier vía a pesar de saber que de lo que huye reside en él y se extiende al exterior. No está en sus capacidades hacer un viaje expiatorio, impedido por su falta de recursos. No se rinde, no por su valentía sino porque el poco aliento que le queda ahora sostiene todo el malestar.

Entonces, la concentración del dolor se acumula en un pequeño espacio mental, un cuello de botella en el que sólo caben las alternativas de vomitarlo todo o quebrarse sin posibilidad de reparación. En tanto que la fiebre de la desesperación continúa, ineludiblemente se piensa en la locura. Algunos creen haber sido alcanzados por ella y otros creen haber encontrado un mecanismo transversal con el que logran al fin un poco de relajación. Tanto unos como otros, pasado el peligro de la intensa fiebre, se conforman con disfrutar su relativo bienestar, una especie de mínimo renacimiento del que no se preguntan si han llegado por un desconocido recurso

fisiológico o por méritos propios, por su capacidad de soportar el umbral de la locura o por un golpe de suerte.

La indigencia es una constante en la historia de la humanidad. En sus orígenes la humanidad estuvo marcada por la indigencia. Viene acompañada de la mendicidad. Ambas han sido practicadas por voluntad propia, como en el caso de reyes excéntricos; u obligadamente, como en (casi) todos los demás casos. Se da también como requisito de tipo religioso, o por haber sufrido una desgracia que impida al desgraciado sustentarse por sí mismo. La RAE define el mendigar como «solicitar el favor de alguien con importunidad y hasta con humillación»; y a la indigencia como «falta de medios para alimentarse, para vestirse, etc.». Aunque ambas pueden darse en contextos separados, suelen venir de la mano y funcionar juntas. Para el desempleado que ha vivido toda una vida más o menos exento de la indigencia, la posibilidad cada vez más cercana de caer en ella le provoca pánico. La miseria ficticia o que sólo les sucedía a otros se va convirtiendo poco a poco en parte de su historia, y no de forma aislada, sino conectada claramente con los demás aspectos de su vida actual, que sustentan y justifican la súbita aparición de un mal como éste.

La indigencia deja de ser entonces lo que ve en la calle y se convierte en la fosa oscura hacia donde todo indica que se dirige. Es una fosa oscura por no ver claramente lo que sucederá estando en ella. Mira a los indigentes dormir en el parque y pasar las tardes echados en la banqueta, revisando los contenedores de basura y apareciendo en las notas rojas de la prensa, muertos de frío, hambre o

acuchillados; es raro encontrarlos balaceados, pues las balas suelen usarse por asuntos de dinero. El desempleado, aun viendo esto, no sabe a ciencia cierta cómo será él siendo indigente. Cuando todavía quedan lazos fuertes con sus allegados, ese horizonte lo lastima más. Le duele mendigar entre ellos, le avergüenza y sabe que con ello pierde gran porcentaje de respeto, o todo.

Aunque la familia sea numerosa no habrá un elemento, desde los abuelos, tíos, hermanos o sobrinos, que no vea en él una representación lamentable; la calamidad gana fama rápidamente. Esto lo vuelve a sumir en la necesidad de apoyo moral. Ha pasado tanto tiempo ya sin una forma de empleo que lo revitalice y dé crédito, que los allegados han dejado de confiar en él; ya no tienen la imagen antigua de su pariente, en la que gozaba de un puesto de trabajo, un honor concreto, una personalidad y una valía relativa al propio círculo donde fue engendrado. La posibilidad de la indigencia adquiere vigencia. Pasa de ser una realidad en el amplio mundo a una realidad personal, en la que caen toda clase de personas, toda clase de desempleados, a veces tragándose a familias enteras.

Ocurre también que quien ha pasado por los estados de psicosis y malestar extremos mencionados arriba, halla en la indigencia un hábitat tranquilizador. Por supuesto que siendo indigente las necesidades básicas y los recursos para satisfacerlas no dejan de existir nunca, pero sorprende al desempleado la paz recién descubierta por desatender la vergüenza de mendigar entre sus allegados, de los que se aleja tanto que termina siendo un desconocido en el mundo. Si alguna vez por error se ve en un espejo, se reconoce desconocido

para sí mismo también. Ahora será un mendigo perenne, pero la sentencia está dada y eso lo reconforta. No se salva, sin embargo, de la diaria pendencia contra el clima y el hambre, pero a cambio la vergüenza y las sensaciones derivadas de ella se opacan, hasta quedar casi totalmente neutralizadas. Esto no significa que viva ostentando su falta de vergüenza –no tiene tiempo para ello. El trabajo de la mendicidad ocupa la mayor parte del día y unas horas de más en la holganza significan no probar pan, quedarse fuera del cajero automático o de otro dormitorio menos lujoso. No se borra de su consciencia lo que pudo haber sido si hubiese construido otras circunstancias para su vida, pero paradójicamente vivir en un eterno lamento ahora le resulta más improbable que cuando residía en el espacio social en el que ya no es admitido.

Si todavía no se es indigente y no se quiere llegar a serlo, se aconseja no llevar una vida con comodidades innecesarias, cuando no se tiene trabajo pero aun se cuenta con algo de dinero. Ese dinero procedería, quizá, de un presupuesto depositado en algún sitio, una financiación por parte de los allegados o un residuo de los tiempos en que había empleo. En vez de gastar, el desempleado debe actuar como si padeciera grandes carencias. Lo mejor es buscar trabajo inmediatamente, aunque en la ilusión de comodidad crea que no lo necesita, que tiene el dinero suficiente para varios meses o incluso un año. No se debe permitir no trabajar, ya no sólo por la disminución inexorable de su presupuesto, sino para que no se acreciente en él una costumbre que lo condicionará para el proceso que hemos descrito,

cuyo final es la indigencia, de la que está convencido que es imposible que le pase a él, y que no ve, pero que lo rodea como un espectro.

Por otra parte, si no se tiene dinero, pero la familia está dispuesta a *mantener* el estilo de vida del desempleado, tanto él como la familia tendrán que recurrir a la fabricación de una serie de excusas –es decir disculpas– respecto a la vergonzosa situación. Las excusas cumplirán la función de atenuar o transformar el verdadero estado de la situación, creando un ambiente ficticio de prórroga, de éxito por venir, de preparación de una jugada maestra por parte del desempleado, que nadie cree, pero que funciona en tanto excusa y ficción y por lo tanto se camufla más o menos bien entre las apariencias inherentes a los círculos sociales. No se trata de autoengaño, lo cual es imposible, sino de apariencia, que puede ser desenmascarada con una sola frase por parte de una persona muy sincera o muy borracha. Por ello esta *representación* no es para nada firme, pero cuenta con algo de consistencia por un tiempo. Inevitablemente sobrevienen eventuales reproches por parte de la familia, en los que se descargan todas las verdades antes excusadas pero sólo en el terreno de la pelea, no fuera de ella, es decir, no en lo que se considera la vida diaria. Uno de esos reproches puede ser definitivo y con ello el desempleado es desterrado.

Hay un tipo de desempleado que pasa totalmente desapercibido como tal: el jubilado. Está libre de cualquier reproche relacionado con su empleo porque ha trabajado la mayor parte de su vida y ello le proporciona un estatus que representa el último ascenso del trabajador, cuando no el único; una dignidad situada del lado opuesto

al del indigente. Quien se jubila tiene ahora disponible el tiempo que pasaba trabajando para usarlo como más le plazca. Cuenta también con una pensión o dinero recibido periódicamente en razón de su trabajo. Se ocupa, entre otras cosas, en planear qué va hacer con su tiempo libre y con su dinero. La cuestión no es sencilla. Ha pasado al menos veinticinco años cumpliendo noblemente una ocupación que quizá no fue siempre la misma, no pudo haber sido completamente monótona, pero sí muy cercana a ello. De pronto, se ve rodeado por su libre albedrío y por la necesidad apremiante de usar la imaginación, no ya para cumplir bien con los requerimientos de una jornada laboral, sino para funcionar dentro de la casi total ociosidad de la que están plenas las horas sin trabajo.

Nos es conocida la imagen del jubilado recibiendo a los nietos y disfrutando las horas con ellos. Pero no siempre existen nietos y no siempre hay hijos, o no están cerca. Aun en la compañía de los familiares, no es extraño que gravite sobre el jubilado el deseo de llevar a cabo los planes que alguna vez pensó, con o sin familia. Esos planes, realizables o no, son un bien por sí mismos y que lo entretienen y reconfortan, y significan que todavía queda algo en lo que ocuparse. La ocupación, incluso en los desempleados que reciben un sueldo, es imprescindible para no ir avanzando por el camino invisible que lleva a la locura. Ese camino es el vínculo del desempleado común con el jubilado, con la ventaja invaluable de este último en todos los niveles, de no recibir reprimendas de los allegados, de no padecer las carencias, la vergüenza, el hambre, la destrucción moral y los ataques que recibe el desempleado común

constantemente, ya sea por su propia consciencia o por acciones que llegan del mundo que lo rodea y de quienes más cerca están de él.

Si bien no siempre se está en condiciones físicas o anímicas para cumplir con planes viejos o nuevos, el jubilado estará perseguido por ellos, aun en el caso de que no los desee fervientemente como en el pasado. Jubilarse, según el vocablo latino *iubilare*, significó en un tiempo «gritar de alegría». No será necesaria esa demostración de júbilo sino una acción menos escandalosa: ingeniar actividades. Como todo, estas acciones ya han sido bien identificadas por el mercado y siempre habrá un agente que le ofrezca maneras de pasarla bien en sus días de jubilación, que son el resto de su vida. No obstante, parecen no ser suficientes y hay que tener en cuenta que el recurso monetario es limitado. Debe idear ocurrencias de varios tipos para no concentrarse sólo en lo que implique gastos importantes, por lujo o acumulación de planes baratos. Siente la jubilación como recompensa, que algunos tienen la fortuna de experimentar, pero también como un desafío cuando no se está lo bastante acompañado por quienes muestran sincero afecto –o cuando ese sincero afecto no es todo el complemento que necesita para sentirse tranquilo consigo mismo, para no angustiarse y enfermar gravemente.

En casos raros, un desempleado de este tipo llega a preguntarse por el sentido de ciertos asuntos que hasta entonces lo tenían sin cuidado, no porque antes estuviera blindado contra lo confuso del universo, sino porque terminaba muy cansado al final del día como para detenerse en ello, o tenía otras cosas que solucionar. Cuando los puntos inexplorados de su consciencia no están debidamente

neutralizados, este fenómeno es peligrosísimo como detonante de crisis, y llega a convertirse en atajo hacia estados de psicosis o en una puerta hacia recreaciones y percepciones que aparecerán como verdadera jubilación, en una acepción más amplia e insospechada que la que le era familiar.

En cualquier caso, tener dinero será una ventaja moral que lo mantendrá estable, con crisis de sentido o sin ella, con derroche o sin él; de lo contrario, estaría en graves problemas a los ojos de los demás y ciertamente ante el hambre interior. Esa ventaja será la gran brecha que siempre lo aleje de la indigencia, sin ser una ventaja definitiva. Cuando se está en ociosidad y falta una imaginación que se traduzca en acciones, el jubilado suele hacer lo que hacía cuando tenía empleo. Si para alejarse de su semana de trabajo sentía la necesidad de una escapada o receso a través de una amigable ingestión de alcohol u otras sustancias, cabe la posibilidad de que continúe haciéndolo, pero ahora para escapar de los días sin nada que hacer. El panorama es el mismo, sólo que invertido, pues si antes el tiempo de ocio se reducía a uno o dos días de descanso, ahora esos días aumentan en número y con ellos la tentación de escapar de la inacción mediante el festejo. No se sentirá culpable por no cumplir un horario —reflejo de su ser responsable—, aunque en el pasado ese horario lo haya estado aplastando y reduciendo al concepto de persona productiva.

Ese concepto lo volvía digno en varios aspectos, o más bien, digamos, lo salvaba. Por eso se considera altamente recomendable ejercitar la imaginación para actividades que no tengan como requisito medular la ingestión de alcohol u otras sustancias, sino la

exploración de perfiles varios de la vida, conocidos o desconocidos sin la participación obligada en una borrachera. Exceptuando, si se quiere, las experiencias nuevas en las que las sustancias constituyen una parte crucial de esa propia experiencia. Bastarán como ejemplo, por ahora, una caminata por el monte, un conocimiento profundo de la playa, un conocimiento real de la propia ciudad en la que se vive, o de otras, si es que el monto de la jubilación se lo permite.

De no cultivarse la imaginación para realizar actividades similares a las mencionadas y a otras muchas mientras se es un trabajador vigente, en la jubilación aumentarán las posibilidades de limitarse a pasatiempos meramente *escapistas*, de huida, embriagadores, perniciosos y repetitivos. Por otra parte se entiende que, ya sea una excentricidad, un invento para no perder el ánimo o un acto común y corriente, cualquier sujeto tiene el derecho de hacer con su vida lo que le dé su gana, le pese a quien le pese. Si bien en las condiciones de desempleado sin recursos las cosas se complican un poco, ya no se diga en la indigencia.

A manera de postdata –no de conclusión– queda mencionar lo provechoso que es aplicar terapias para disfrutar de la vida, incluyendo el trabajo. Disfrutar la mayor cantidad de los innumerables presentes, cada instante, cada día de la vida como si fuera el último y otras frases del mismo corte que leemos continuamente por ahí; observar la gloria de estar vivos, ver en lo que hacemos una de las dichas de la existencia, a pesar de que a veces no tenga nada que ver con lo que teníamos pensado en aquellos tiempos

de fantasía. Se dice por ahí que «nosotros no somos nuestro trabajo».
Falta por resolver en qué nos convertimos cuando no lo tenemos.

Ciudadanos

Yolanda Castro

Ciudadanos, reitero mi compromiso con la ciudadanía de que el futuro siga siendo mejor, que se ensanche y agrande la esperanza, que siempre sea mejor mientras sea futuro y no hoy domingo por la tarde. Que sea prioridad la educación, el empleo, la seguridad, las entrevistas, el no decir más de la cuenta. Prioridad el funcionamiento de las instituciones, el comercio, el turismo, la familia. Llegar a las familias donde quiera que estén, hallarlas y cuando las halle que sean mi prioridad y vean cómo la prioridad del comercio, el turismo, la seguridad, el empleo, recaen sobre ellas como una leve lluvia sobre un jardín de flores nuevas y saludables.

Que sean mi prioridad la salud, la limpieza, los servicios públicos, la luz y el agua. La colonia Agua Escondida, el Manglito, Arcoiris, la Fuente, Camino Real, Indeco, el Panteón. Aseguro que son mi prioridad la construcción del Santuario y los estudiantes, la diversidad sexual y el respeto y la familia natural y tú y yo somos mi prioridad y mi gabinete y el periodismo y las ciclovías y las playas Balandra, el Tecolote y Pichilingue, y tener un buen trato con Baja Ferris y con los restaurantes, las televisoras y los hoteles. No es fácil tener tantas prioridades y ahorrar para el futuro y aplicar la fuerza y sacar cuentas y apuntar nombres, cifras, proyectos, comunicarme con expresidentes o militares y tenerlos de frente.

Pero no hay que dejar de priorizar, es decir, seguir priorizando para que la multitud de prioridades choquen entre sí como granos de polvo en una polvareda y nebulosamente dificulten la vista, oscurezcan las cosas y enmudezcan este ruido de triques y metralas y prioridades. Son mi prioridad los campesinos, los mineros, los pescadores, la minería, Tres Santos, Todos Santos, Punta Lobos, la Purísima, San Bartolo, el requesón, el membrillo, las empanadas, los peces, Cabo Pulmo, los Cardones, TV Azteca, Elektra, la Coppel, los casinos, los Oxxo son mi prioridad y que chingue a su madre aquella tiendita de la que nos acordamos.

Es mi prioridad esa tiendita, la educación y la 18 de Marzo y la Casa del Estudiante y el Planetario y Cinépolis. La cultura es mi prioridad en general y específicamente. Mi prioridad depende mucho de los acuerdos firmados con base en los deberes federales, estatales, privados y extranjeros que ustedes ya conocen. Yo en algún momento soy una prioridad para otros, aunque hace unos años no lo era. Así las cosas cambian y cambian las prioridades. Cambian las ciudades, pasa el tiempo, morimos o nos matan. Envejecemos en un mundo de prioridades que conocimos de oídas pero que nunca alcanzamos a tocar como hubiésemos querido, ni siquiera a través de la fácil complacencia de tapar baches como huecos de bala.

Los amorosos del poder jugamos el largo y triste juego de las prioridades y los compromisos. Les reitero y enfatizo categóricamente con toda seguridad mi compromiso de que seré poderoso y benévolo hacia todas direcciones, que seré esféricamente benévolo y eficaz y no habrá un solo ciudadano, ni rico ni indigente

que escape a mi comprometida búsqueda de bienestar universal. El que tengo es un compromiso hereditario, casi ancestral. Es un compromiso tan antiguo como el instinto. Inyecta su influjo en nosotros los poderosos y se manifiesta de manera inconsciente e irreflexiva. Las prioridades y el compromiso son dos hebitas de una misma enredadera y la materia de la que estamos hechos los poderosos; un concubinato verbal que da cuerpo al boletín oficial y nos hace ganar tiempo en el camino hacia las promesas por cumplir.

Nuestra naturaleza nos aplasta y asfixia, pero logramos vencer los reclamos de la consciencia con soluciones inesperadas, a veces ilógicas o sospechosamente inclinadas. Estoy seguro que cada uno de ustedes tiene una partícula de esta especial benevolencia de la que estamos hechos los poderosos, y que desgraciadamente no brilla con el máximo esplendor de su luz hacia lo público, porque los compromisos y prioridades con agentes desconocidos opacan los rayos más valiosos y bellos.

Hay tantas cosas que ustedes no saben. Son innumerables los escalones que ustedes deberían pisar antes de llegar a comprender la justicia de nuestras decisiones. Si ya hubiesen sentido la textura de cada escalón y mirado hacia atrás, aliviados del camino recorrido y animados por seguir subiendo, entenderían por qué de vez en cuando suenan incongruentes nuestras declaraciones. Por lo pronto sólo les es posible especular, igual que los filósofos discurren sobre la iluminación sin haber experimentado nunca el éxtasis de los santos. Pero a pesar de todo, los exhorto a que sigan clamando desde su oscura caverna, congregados en masa al margen de la Corte, que al fin

y al cabo están en todo su derecho de manifestarse y todo su derecho es nuestra prioridad y nuestro compromiso. ¿Dónde se volcaría la sonoridad de nuestras palabras si no estuviesen ustedes? ¿De dónde sacaríamos el oro de nuestro fuego si no de ustedes? ¿Quién sería el personaje de nuestros cuentos si no ustedes, ciudadanía, prioridad última, diana de todos nuestros compromisos? ¿Quién si no ustedes son la masa con la que se construyeron los escalones que pisamos para llegar aquí, a este micrófono, a pasar lista de todo el ejército de prioridades y compromisos que tenemos para ustedes?

Compañeras de piso

Gregorio Ortega

Una de las tantas cosas buenas de vivir con dos compañeras de piso es verlas salir del baño de vez en cuando, con la toalla amarrada hasta el pecho o directamente desnudas y caminando de puntitas hacia sus cuartos. Te acostumbras a encontrar ropa interior por algunas partes de la casa, cuando es domingo, o Semana Santa, o no hay empleo y la limpieza del hogar pasa a un segundo plano. Ves calcetines, pequeños en este caso, envueltos en sí mismos y es imposible no evocar sus pies, que de cualquier manera notas casi a diario, aunque no los veas y sólo los escuches por la noche al ir a la cocina, con ese sonido incompleto pero suficiente de un pie descalzo intentando no hacer ruido.

Algunas noches, cuando no puedes dormir y lees en la sala, escuchas la respiración de tus compañeras que duermen profundamente y le dan un compás agradable a tu lectura. Libros como las *Cartas marruecas*, *La princesa de Babilonia* o *Las aventuras de Aladino*, han sido para mí un complemento de sus respiros. No hace falta, por otra parte, ni éstos ni ningún otro libro, sino el silencio en una sala en la que se alcancen a escuchar esas respiraciones, para notar que el mundo, y no sólo algunas prosas, tiene su propio ritmo.

En verdad que una casa compartida con dos inquilinas es algo agradable. No son dos parejas. No es la esposa o la novia, que ya sean el objeto de nuestro tedio o nuestro amor, nos recuerdan y nos hacen

sentir que nuestros actos tienen una consecuencia en ellas y los de ellas en nosotros. Dos inquilinas, sin más, influyen en la casa ese halo que nos toca, pero que no nos toma de la mano ni nos empuja o detiene. Es una atmósfera, en la que habitamos como visitantes y de la que podemos salir sin preocuparnos si sobreviviremos o caeremos en una desgracia de seis meses o un año, llenos de terribles recuerdos por pasiones que tenían el tiempo contado, aunque las quisiéramos eternas.

Índice

Prólogo

Zaeth

Iván Romero

¿Cuánto quieres perder?

Alfredo Geraldo

Semana Santa

Luis Aguirre

Malus Domestica

Aarón Avilés

Postal

Mónica Ceseña

Afición

Daniela Cosío Lucero

Calamidad

Víctor Cota Beltrán

Na zdravy!

Jacobo Lara

Tres cortos

Octavio Escalante

Apuntes perrunos, III

Érika Amador Murillo

Las galerías del vino

Édgar Hiraes

Desempleado

Omar Olachea

Ciudadanos

Yolanda Castro

Compañeras de piso

Gregorio Ortega